

S
S **selecciones**

SERVICIO SECRETO

morir por etapas

peter debry



B
B

MORIR POR ETAPAS



PETER DEBRY

MORIR POR ETAPAS



SELECCIONES S. S. n.º 184

Publicación semanal

Aparece los LUNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MÉXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito legal: B. 5761 – 1966

Printed in Spain – Impreso en España

2.^a edición – abril, 1966

© FRANCISCO BRUGUERA – 1957

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1966

N. R. 374/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE:**

945 — Pielas blancas.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

816 — Tumbas en mi casa.

En Colección **BÚFALO:**

44 — Manada salvaje.

En Colección **CALIFORNIA:**

77 — Un *poker* llamado muerte.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

516 — A cada cual su muerto.

En Colección **COLORADO:**

412 — Honor de matón.

En Colección **PUNTO ROJO:**

201 — El asesino es el autor.

En Colección **METRALLA:**

16 — Pánico en Saint Tropez.

En Colección **SELECCIONES SERVICIO SECRETO:**

177 — Turismo sangriento.

En Colección **ARCHIVO SECRETO:**

95 — Melodía siniestra.

En Colección **ASES OESTE:**

318 — Cachorro de *gun-man*.

En Colección **BRAVO OESTE:**

240 — La sombra del desesperado.

En Colección **KANSAS:**

380 — Cosacos en California.

CAPÍTULO PRIMERO

Guy Stevens aparcó su coche en la ribera izquierda del Támesis a la vista de la Tower y su puente. Después, como un viajante de comercio cualquiera, pasó por los amplios corredores que a derecha e izquierda separaban agencias de representantes.

En el despacho aislado, a prueba de ruidos, un elegante cincuentón de rubicundo semblante y plateados cabellos empujó sobre la mesa un pasaporte, diciendo:

—Este es usted.

Cogiendo el librito, examinó Stevens su propio retrato en el pasaporte extendido a nombre de Gerald Storm. Comentó Stevens:

—Me gusta mi nuevo nombre, aunque sea como siempre un pasaporte a un infierno alegre.

El coronel jefe de la Cuarta Sección de Contraespionaje, asintió:

—Por ahora sobrevive, capitán Stevens.

Cerró los ojos, juntó las yemas de los dedos sobre su barbilla y fue exponiendo:

—La mente de un sabio es impenetrable y más cuando ha dedicado intelecto y su entera existencia a la investigación científica. Puede ser seducido por alguna falsa teoría y convertirse en un traidor a su nación. Los periódicos ya publicaron lo referente a algunos sabios atómicos que se perdieron en una nebulosa. Y ahora nos hallamos ante otro caso. Es posible que Lars Morlake no sea un traidor, y hay razones para suponer que su pista pueda ser seguida.

—¿Qué ha descubierto Morlake?

El coronel eludió la pregunta, agregando:

—Tiene cincuenta y cinco años, ascendencia germana, lealtad indiscutible por ahora. Pero... ha desaparecido.

—¿Dónde?

—Abandonó Londres el veinte del mes pasado. Seguirá usted su ruta aérea, etapas Roma-Karachi-Rangún. Comprobará bajo el nombre de Storm los pasos de Aduana de Morlake, hasta Singapur y Sydney, donde desapareció. Allí irá a esta dirección y visitará a esta persona.

Tendió el coronel una ficha escrita, añadiendo:

—Guárdelo en su memoria, y devuélvame. Leyó Stevens en voz alta:

—«Club Maya. Cora Bryce.»

Recogiendo de nuevo la ficha explicó el coronel:

—Cora Bryce baila en la fila de coristas del «Club Maya».

—¿Qué tiene que ver con Morlake una corista alzando la pierna en un club a diez mil millas de Londres? ¿Y por qué tengo que visitarla?

—Porque pertenece a nuestra sección, capitán Stevens. Y no crea que la ciudad a la que va, es un puesto colonial. Buscará la pista de Morlake en la más rica, mayor y más violenta ciudad del hemisferio sur. Cora Bryce es el enlace que le pondrá en contacto con un hombre llamado Alex Krane, el cual sabe que nuestra sección envía un agente, pero no sabe bajo qué nombre. Sólo Cora Bryce sabe quién es usted.

—Sólo usted y ella saben pues quién soy yo. La visitaré y ella me pondrá en contacto con Alex Krane, en una ciudad que no conozco y dentro de una situación incógnita.

—Lo esencial es que llegue allá con vida, capitán Stevens.

—Ya... ¿Hay antecedentes?

—Otros dos agentes le precedieron. Uno llegó hasta Roma, y lo recogieron con la garganta seccionada. El otro llegó hasta Singapur, donde fue estrangulado, y lo pescaron en uno de los tantos muelles.

—De lo cual se deduce que alguien no quiere que nos enteremos de lo qué pasó con Lars Morlake.

—Alguien operando en gran escala. Es posible que Morlake no sea un traidor, y por esto ha de seguir usted su pista sin que nadie sepa su personalidad.

—Salvo la corista. ¿Tiene plena confianza en ella, señor?

—Por completo, por ahora. Sólo comunicará conmigo por mediación de ella. Para fondos, los sacará de Krane. No recibirá usted órdenes de nadie. Si Morlake ha muerto, acabó usted su misión. Pero si ha sido secuestrado, y logra acercarse a él, intente sacarlo con vida. Si no puede... —repiqueteó el coronel unos instantes con los dedos sobre la mesa—, entonces usted mismo, por el bien de todos, tendrá que suprimir a Lars Morlake.

Entornó Stevens los párpados y tras unos segundos preguntó:

—¿Qué clase de secretos conoce el sabio Morlake?

—Llegó a unos conocimientos científicos que creemos ninguna otra nación podrá conseguir antes que pasen bastantes años. Unos conocimientos científicos que supondrían mucho poder destructor en otra nación. En este sobre hallará algunos detalles para su misión. Pocos, porque poco sabemos, y por esta misma razón, no podemos emplear otros recursos, sino enviarle a usted solo.

—¿Solo? De costumbre viajo siempre con Chic Garfield.

—Por primera vez tendrá que operar sin su amigo cuchillero.

—Chic Garfield es mucho más que un vulgar lanzador de cuchillos.

—Lo sé, pero esta vez tiene que operar solo.

—Escuche coronel... Chic Garfield es mi brazo derecho. En acción vale por cuatro hombres, y hemos actuado siempre juntos.

—Han actuado juntos demasiadas veces, formando una pareja muy conspicua. Por eso damos a Chic Garfield un descanso de unas semanas.

Y poniéndose en pie añadió el coronel:

—Le deseo un buen viaje y un feliz resultado. En esos dos días que le quedan antes de salir de viaje, puede pedirme lo que sea.

—¿Como el último cigarrillo del que está en capilla? —sonrió Stevens ácidamente.

—Ha fumado usted muchos cigarrillos semejante, capitán Stevens.

Al quedar a solas, pensó el coronel que hombres como Guy Stevens abundaban en el tortuoso mundo del espionaje. Capaces de bromear ante el piquete de ejecución.

El avión dejó atrás la pista de Singapur. El nuevo viajero al instalarse, se presentó a sí mismo como Henry Diógenes. Esbelto, de rostro moreno y ojos grises, de unos treinta y cinco años, fumaba mucho y hablaba con amenidad.

—Y es para mí como un pequeño paraíso, aparte de que mis tiendas en Macao me producen lo suficiente para vivir sin preocupaciones excesivas. ¿Conoce Macao, señor Storm?

El pasajero, Gerald Storm replicó que no conocía Macao.

—Y tengo que viajar mucho, por mis negocios. Tráfico con todas las islas del Sur y también la costa china. Caucho, metales... en fin, cosas por el estilo. Pero nada de política. Tengo clientes de todas las razas, y con ellos trafico, pero nada de política.

La voz de Henry Diógenes era aterciopelada, pensó Stevens. También pensó que el primer viajero había terminado la ruta degollado en Roma y el segundo estrangulado en Singapur.

Henry Diógenes hablaba de la frivolidad de las rusas blancas en Shanghái, de la destreza de los marineros portugueses, de las virtudes rejuvenecedoras de ciertas abejas chinas, de salsas anamitas para sazonar el pescado asado.

Después relató los distintos efectos del opio, según se masticase o se inhalase, la dificultad de librarse de la encantadora seducción de las francesas cultas de Saigón, y regresó a Macao:

—Está uno rodeado de toda clase de beldades, chinas, filipinas, japonesas, anamitas.

Iba asintiendo el periodista «Gerald Storm». ¿Aquel angloportugués sería de veras un comerciante internacional? Estaba ahora llamando a la azafata, que trajo una carpeta con papel, sobres e impresos de radiogramas.

Escribió Diógenes un radiograma. La azafata trajo en bandeja, copas con «Bacardí», whisky, anisette, soda... Eligió el portugués «Bacardí», elevando la copa en brindis silencioso. Bebió Stevens otro

ron.

Henry Diógenes cerró los ojos, y permaneció por fin en silencio. Miró Stevens la hora. Llegaba ya al final del largo viaje. Su único preparativo sería trasladar la «Browning» desde el maletín a su funda axilar.

En la Aduana de Sydney estaban revisando su maletín y las dos valijas plegables de piel de cerdo. Diez minutos antes en el lavabo del avión, había enfundado bajo el sobaco su «Browning».

Desde el fondo del gran vestíbulo transitado por numerosos ejemplares de distintas razas, Henry Diógenes, encasquetó un panamá de grandes alas, ondeó la mano aproximándose:

—Por fin llegó el momento de decirnos «adiós» o «hasta la vista».

—Eso parece.

—Voy a tomar un taxi. ¿Quiere compartirlo hasta su hotel?

—Agradecido, pero ya me esperan —mintió Stevens.

—Entonces sólo me queda desearle buena suerte, y espero volvamos a vernos, señor Storm.

Tendió Diógenes la diestra. Su apretón era recio y cordial.

—Buena suerte, señor Diógenes. Y gracias por su compañía desde Singapur. Nunca disfruté de un compañero de viaje tan ameno.

El angloportugués se alejó sonriente. Esperó Stevens unos minutos antes de salir al porche exterior. El cielo era nítido. Al otro lado de la ancha plaza, entre parterres floridos, se alineaban taxis y coches.

Vio a Henry Diógenes ondeando la mano desde la ventanilla de un taxi que se alejaba. Ya estaba por fin a solas. En Roma y en Singapur los dos que le precedieron habían sido identificados. Él todavía no.

Sólo Cora Bryce, la corista, sabía quién era él. Antes de la medianoche estaría ya en el «Maya Club». Si para entrar en la pista de atracciones, era preciso vestir de etiqueta, llegaría solamente al bar.

No iba a cambiarse. Iba cómodo en su traje gris, de tejido tropical inarrugable, zapatos de antílope, camisa azul clara, corbata azul oscuro.

Dio una suave palmada bajo su sobaco izquierdo, alzando la zurda para llamar al taxi que acudía.

El taxi distaba unos quince metros cuando Guy Stevens percibió que a sus espaldas giraba la puerta y unos pasos se acercaban.

Iba Stevens a volver la cabeza, pero algo redondo presionó sobre su espina dorsal y una voz grave dijo:

—No se vuelva. ¿Quiere un taxi, señor?

Permaneció Stevens rígido, preguntando:

—¿Quién es usted?

El taxi se detuvo junto a la acera, abriéndose su portezuela.

La voz tras Stevens murmuró:

—Soy un compañero que le transportará gratuitamente.

Guy Stevens iba deslizándose su diestra lentamente hacia el sobaco izquierdo.

A su espalda, la voz añadió gravemente:

—Soy también un compañero con un revólver a su espalda, capitán Guy Stevens. Métase en el taxi, por favor.

Guy Stevens entró en el taxi, pensando que el recibimiento se efectuaba con admirable precisión y limpia técnica.

Y quien fuese el que le había estado esperando al término de su viaje, no se molestaba en llamarle «Gerald Storm».

CAPÍTULO II

Del que conducía sólo podía ver las espaldas y una gorra negra. El que estaba a su lado, le había ya quitado la automática, comentando:

—Una «Browning». Buen material.

Se sentaba piernas cruzadas, y con indolencia hacía asomar su revólver bajo el codo izquierdo, encañonando el costado de Stevens, que dijo.

—Ignoro de qué se trata, pero hay error. Me llamo Storm.

El otro, ancho y musculoso, tenía el rostro sombreado por el ala delantera de su sombrero. Rió suavemente. Al paso del taxi, un farol callejero iluminó un instante un lado del rostro del pistolero.

Aquel lado lo tenía desfigurado por una cicatriz, que surcaba también el párpado, sonrosándolo. Preguntó Stevens:

—¿Dónde vamos?

—A un sitio tranquilo y pacífico. Tómelo con calma.

Trataba Stevens de identificar el acento: ¿polaco, checo?... Más bien yugoeslavo. El taxi abandonó una avenida muy transitada y ascendió por una colina, bajándola hacia un bulevar iluminado, volviendo a ascender otra colina. A una media horaria de setenta.

En la intersección de otro bulevar, la luz de tránsito se tornó roja. Frenó el conductor del taxi. Otro coche que iba delante, frenó retrocediendo. Su parachoques posterior encajó con el delantero del taxi.

El de la cicatriz murmuró una imprecación en lengua exótica, y después hizo oscilar su revólver, en cuyo extremo había un cilindro complementario. Advirtió gravemente:

—Fíjese bien. Haga un pequeño movimiento, y ya no se moverá más. El silenciador es de los mejores. Comprobado.

El conductor del coche delantero, bajó. Atrás del taxi, trompetearon bocinas. Un policía se aproximaba. El de la cicatriz silabeó:

—Ni una palabra ni un gesto.

Bajo sus brazos cruzados, hincaba su revólver en el costado de Steven. El policía se inclinó examinando los parachoques. Vino hacia la ventanilla del chófer del taxi, diciendo:

—Avance sólo un par de palmos.

Notó Stevens que se le erizaba un poco el vello de la nuca, al

hablarle al de la cicatriz:

—Ya no abuso más, muchacho. Aquí mismo me viene bien aparearme.

Alargó la mano hacia la manilla de la portezuela. El policía la abrió y bajando dijo Stevens:

—Gracias, oficial.

Cerró la portezuela. El de la cicatriz se sentaba erguido los brazos, ocultas las manos. Por la ventanilla sonrió Stevens:

—Adiós, y gracias por el paseo. No dudo que nos volveremos a ver.

Se alejó al mismo paso que el policía, girando la esquina, por la que vio también un taxi con luz de libre. Saltó Stevens a su interior:

El taxi adquirió velocidad progresiva.

—«Club Maya». Aprisa, por favor.

—¿Está lejos el «Maya»? —indagó Stevens.

—Unos cinco minutos.

Reclinándose hacia atrás, suspiró Stevens, palpándose entre las costillas donde había presionado el silenciador unos segundos mortales.

Después pensó que era una lástima haber perdido su «Browning». Miró su reloj. Faltaban veintisiete minutos para la medianoche. ¿Qué estaría diciendo el de la cicatriz?

El de la cicatriz estaba rascándose la barbilla, mientras adelantando el busto, ya zafado su parachoques, preguntaba el conductor del taxi:

—Primero telefonar para recibir órdenes. Después al «Club Maya».

El «Club Maya» tenía un portero uniformado que abrió la portezuela del taxi; un toldo, tres peldaños, y una pelirroja en el guardarropía en que dejó Stevens su sombrero. Un hombre de smoking blanco, saludó al visitante con acento norteamericano, precediéndole por la escalera curvada que ascendía al primer piso.

Preguntó Stevens por el bar. Era una galería dominando la primera planta, en cuya pista una mulata cantaba. Había mucha concurrencia.

En el bar había mesas alineadas junto a la barandilla con vista a la planta de atracciones. En la otra pared de la galería, una docena de palcos con diván semicircular.

Eligió Stevens asiento cerca de las escaleras. Al otro final del bar había una pareja cuchicheando sonrientes. El *barman* de chaquetilla corta escarlata y botones dorados, acudió dedicando una inclinación de cabeza a Stevens:

—Buenas noches, señor. ¿Qué le sirvo?

—Bacardí.

Desde abajo el estallido de aplausos. Desde su taburete podía ver Stevens la pista. Acababan de aparecer siete coristas: llevaban una caperuza imitando una cabeza de gato. Dos de ellas eran rubias.

Pagando empujó Stevens el platillo con el resto del cambio, y

propuso:

—¿Bebe conmigo?

—Gracias, señor, pero si lo hiciera me echaría Bob —sonrió el *barman*.

—¿Bob?

—Robert Lane, el patrón.

Señaló Stevens hacia donde las coristas se agitaban en su pseudo baile.

—Conocí a una de las rubias. La de segunda fila, ¿cómo se hace llamar ahora?

—Linda Lorenz.

—No, no... La otra.

—Cora Bryce.

—¿Sabe su dirección?

Ya no había servilismo, sino insolencia en el *barman*:

—Pierde el tiempo. Todas ellas tienen amo.

Colocó Stevens un billete nuevo y crujiente sobre el mostrador.

—Fíjese qué bonito es —y lo empujó un poco hacia el camarero.

—No veo nada —afirmó el camarero, mirando el billete de cinco dólares.

Colocó Stevens otro encima, diciendo:

—Este es de diez.

—¿Para qué quiere la dirección de Cora?

—Es mi esposa, ¿comprende? Y se escapó. Por quince dólares, habrá quién me dé su dirección.

El camarero miró hacia las escaleras. Después susurró:

—Cuarenta y dos, calle Reyner. Departamento treinta y tres.

—¿Dónde para la calle Reyner?

—Seis manzanas a la izquierda según se sale.

Levantó Stevens la mano que tenía encima de los dos billetes, y abandonando el bar, bajó rápidamente las escaleras. Había ya recorrido dos manzanas a la izquierda del club, cuando ante éste se detuvo un coche, en cuyo interior se quedaron tres hombres.

El que bajó vestía de smoking. Pasó por entre las mesas de la primera planta, yendo hacia un dintel, cuya cortina apartó, avanzando por un pasillo hacia un despacho.

Tras la mesa del despacho estaba el que había saludado a Stevens con acento norteamericano, compulsando unas facturas y contando billetes. A su espalda había una caja fuerte abierta. Miró al que entraba:

—¿Estás ya de vuelta? Me has dado un poco de aprensión. Hubiese podido pensar en un atracador.

—¿Cuántos hombres han entrado en el club, solos desde las once y media, Bob?

Robert Lane meditó un momento.

—Hasta hace cinco minutos estuve a la puerta. Creo que sólo uno.

—¿Cómo vestía?

—Traje gris tropical, corbata azul más oscura que su camisa.

—¿Preguntó por Cora Bryce?

—A mí, no. Fue al bar, no a la pista. En el bar está Lee Miles.

—Que venga.

—¿Por qué?

—Urge. Que venga.

Salió Lane. El visitante inclinó su alta talla para marcar un número en el teléfono sobre la mesa. Cuando le contestaron, dijo:

—Envía un coche a por Diógenes, y diles que me esperen en la calle Reyner.

La voz femenina inquirió:

—¿Ha estado en el club?

—Creo que sí.

—¿Por qué hemos de llevar a Diógenes a la calle Reyner?

—Sólo Diógenes y Brodik pueden identificarle. Ferenc conducía el taxi y no pudo ver bien al viajero.

—¡Brodik debería ser escaldado por haberle dejado escapar!

—Pensaremos en ello, cuando acabemos con Stevens.

Se abrió la puerta, entrando en el despacho Lane, el camarero Miles y un hombre de estrecha frente sobre la que le caía el cabello, dándole aspecto de bruto estólido.

Él del teléfono, continuó:

—Lo atraparemos en el piso de la chica —y ahorquilló.

Miró al camarero.

—¿Usted es Lee Miles?

—Eso es. ¿Qué pasa? ¿Qué diantres me quieren?

El hombre alto avanzó dos pasos y el dorso de su zurda cruzó una mejilla del camarero. Dijo a la vez

—Tengo prisa, Miles. ¿Cuánto cobró por dar la dirección de Cora Bryce?

Pestañeando, se palpó Miles la mejilla, replicando

—Oiga... No sé de qué me habla, palabra.

El hombre alto estaba cacheando expertamente al camarero. Sacó cigarrillos, calderilla y del bolsillo interior de la chaquetilla, dos billetes doblados: uno de diez y otro de cinco dólares.

—Quince pavos. ¿De dónde los sacó, Miles?

—Ahorros.

—Será mejor que cante claro, amigo —y mirando a Lane, añadió el hombre alto—: ¿Te importa mucho quedarte sin camarero, Bob?

—¡Ey, tengo esposa y dos críos! —protestó Miles—. Le dije al turista que fuera al número cuarenta y dos de la calle Reyner. Hará

cosa apenas de dos minutos.

—Estupendo —aprobó el hombre alto, dando una palmada amistosa sobre el hombro del camarero—. Puede volver a su trabajo, amigo.

El hombre de frente estrecha y aspecto brutal, abrió la puerta, miró cómo se alejaba el camarero y volvió a cerrar. Preguntó el hombre alto:

—¿A qué hora acaba su tarea Miles, Bob?

—A las dos y media.

—Arregla para, entonces que alguien dé con él en cualquier callejón y le enseñe a tener la boca bien abrochada.

—Bien. ¿Y con la chica, qué?

—Procura que se quede aquí hasta la una y media. Si por entonces no has recibido noticias mías, tú y Grant la lleváis a la calle Reyner. Dejaré mi coche fuera.

—¿Estamos en apuro? —inquirió Robert Lane.

—Todavía no, pero lo estaríamos si «él» llega más lejos.

CAPÍTULO III

Guy Stevens permanecía en las tinieblas de la estrecha calle, en ángulo con la Reyner. El 42 era un edificio de ladrillos rojos, de nueve pisos, con una escalinata ante su entrada principal.

Pasaban siete minutos de la medianoche, cuando se detuvo un coche negro ante el número 42. Bajaron cuatro hombres, y el coche partió conducido por un hombre alto, vestido de «smoking».

Cerca de la esquina quedó el grupo de los cuatro hombres. Uno era el de la cicatriz. Otro Henry Diógenes, llevando aún su panamá de anchas alas.

Recordó Stevens el cordial apretón de manos de Diógenes. Un apretón que le había identificado para el de la cicatriz.

El grupo se disolvió. Dos entraron en la casa. Otro siguió más allá, y Henry Diógenes penetró por un pasadizo junto a la entrada principal.

Pasaron diez minutos. De la casa salió el de la cicatriz con su acompañante, que permaneció cerca de la escalera, mientras el de la cicatriz se alejaba por la acera. Tomaban posiciones.

Guy Stevens inspeccionó la calle en que se hallaba. Era un callejón cerrado por un muro. Daban a él dos fachadas laterales. Regresó al principio del callejón permaneciendo cerca de la esquina.

Pasó más de una hora. Eran la una y veinte cuando un coche gris se detuvo en la acera opuesta al 42. Oyó Stevens una voz masculina.

—No doy la vuelta, Cora. Sigo adelante.

—¿No subes? —preguntaba una voz femenina.

—Me gustaría, pero tengo que continuar presionando.

—¿A Sabrina?

—¡Oh, no! —reía la voz masculina—. Nos veremos mañana por la noche.

—Hasta mañana pues, Alex.

Hubo una pausa. Imaginó Stevens el beso que intercambiaban Cora Bryce y Alex Krane. Después se apeó una rubia que, atravesando la calle, entró en el 42, mientras el coche gris se alejaba.

En el cuarto piso se iluminó una ventana. Un cuarto de hora después se apagaba aquella luz. Meditó Stevens que apenas unos cien pasos le separaban de Cora Bryce.

Pero también estaban los tres pistoleros y Diógenes para cortarle

los pasos. No podía ni fumar un cigarrillo. Por suerte, a medio verano amanecía pronto.

Faltaban catorce minutos para las tres cuando oyó Stevens el rumor lejano de un vehículo en la calle. Se detuvo. Poco después avanzó, volviendo a detenerse. Oyó luego el tintineo de botellas de leche.

Retrocedió Stevens hasta el único umbral del callejón en que había visto dos botellines vacíos. Pasaron largos minutos. Giró la esquina del callejón el repartidor. Llevaba un batín blanco y gorro blanco. Sobre el hombro, la cesta con botellines.

Dejó en el oscuro umbral la cesta, alargando la mano para recoger los dos vacíos. Guy Stevens se inclinó para rodearle desde atrás la garganta con el antebrazo.

Mientras golpeaba tras la oreja con el canto de la diestra, murmuró: —Lo siento, buen hombre.

Cayó el gorro blanco, y dando vuelta al repartidor, golpeó Stevens la punta de la barbilla. Dejó que el inerte desconocido se apoyase en él, para quitarle el batín.

Le venía estrecho, pero servía. Encasquetado el gorro blanco, recogió la cesta colocándosela al hombro y fue hacia el carro, dejando la cesta en su compartimiento lateral y cargando otra.

Se dirigió con ella al hombro al pasadizo por el que había entrado horas antes Henry Diógenes, y en cuyo dintel se leía. «SERVICIO».

Había visto antes al pistolero agazapado a un lado de la escalinata, y al otro más allá. Al fondo del pasadizo, estaba el ascensor para servicio.

Entró en él, apoyando el pulgar en el botón marcado «4.º». Al salir del ascensor extrajo su cortaplumas que parecía tener sacacorchos, lima de uñas y otro complementos. Al tercer intento abrió la puerta del departamento 33. Avanzó cuidadosamente por el recibidor hasta la alcoba. A la tenue luz procedente de la calle, vio a la durmiente tendida en el centro de un amplio lecho.

Junto a la cabecera había una mesita con pantalla. Palpó Stevens el cable eléctrico a lo largo de la pared hasta el enchufe. Al quitar la clavija, hizo un leve ruido, y la durmiente respingó, sentándose en la cama:

—¿Quién es? ¿Quién es...?

—Cálmese. Cora Bryce. No vengo a hacerle ningún daño.

—No, no... ¿Qué quiere? ¿Quién es usted? —y un brazo desnudo se alargó hasta la mesita, presionando los dedos la perilla de la lámpara. Se oía la entrecortada respiración femenina.

—No funciona —advirtió Stevens—. Ni haga funcionar la caja de chillidos, Cora.

Pero abría ella ya la boca para chillar. Apoyó Stevens la abierta mano sobre la garganta empujando hasta que la cabeza volvió a estar

sobre la almohada.

—Escuche, Cora. Tiene que conservar la sangre fría. Si grita, nos perdemos. Me llamo Stevens —y apartó un poco la mano.

Ella permaneció unos instantes respirando. Articuló por fin:

—No puedo creerle. Usted... tenía que ir al «Club Maya».

—Estuve. Y usted lucía preciosa con su máscara de garita.

—¿Quién le envía?

—Un coronel. Cabello de Plata, Cara Tornasol.

—¿Por qué le envía?

—A causa de un tal Morlake.

—¿Qué documentos lleva usted?

—Los de Gerald Storm.

—¿Qué tiene Cabello de Plata en la pared de su despacho de Londres?

—El retrato de una vendedora de naranjas.

—Puede ya dejarme respirar. No gritaré. Pero no llevo nada encima. Por favor, alcance el batín en el respaldo de la silla, tras de usted.

Stevens recogió el batín y lo tendió. Vistiéndolo se sentó ella al borde de la cama, musitando:

—Me ha dado usted un susto mortal. Tenía que acudir al «Club Maya», presentándose como Gerald Storm. ¿Qué es lo que ha fallado?

—Usted. Usted y sus compadres.

—¿De qué está hablando, hombre?

—De tres estranguladores y un angloportugués. Yo era Gerald Storm, un periodista inocente. Y sin embargo, en el aeropuerto ya me esperaba un comité de recepción, bien organizado. Sabían quién era yo, querida Cora, y nadie pudo decírselo salvo usted.

En la penumbra susurró ella:

—¿Qué le sucedió?

—Me destinaban a seguir el mismo camino que los dos anteriores, pero el taxi en que me llevaban se enzarzó de parachoques con otro coche. Pude salir indemne yendo al «Maya» sin mis acompañantes.

—¿Cómo supo mi dirección?

—El camarero del bar de arriba era hombre de negocios.

—Lee Miles. Y ellos lo averiguarían.

—¿Quiénes son «ellos»?

—Desearía saberlo yo misma.

—¿Qué le ha dicho usted a Alex Krane?

—Nada. Él no sabe cuándo llega usted ni bajo qué nombre.

—Es extraño que no se lo contase a su Alex.

—¿Mi Alex?

—No estaba yo ni a diez pasos, cuando llegó el coche gris con usted y Alex.

—¿Por qué no acudió, entonces?

Rió, ácidamente Stevens:

—Querida, no se haga la pavita. ¿Tengo que repetirle la historia? Había dos tipos esperándome en el aeropuerto.

—Escuche, yo no sé lo que ha podido ocurrir, pero tiene usted que confiar en mí.

—Naturalmente, querida.

—Los dos hombres del aeropuerto... pudieron confundirle con otro.

—Sí, pero no se confundieron, puesto que me llamaron por mi nombre.

—¿Storm?

—Stevens. Uno de ellos está ahora precisamente a un lado de la escalera de este número. Otro llamado Diógenes está en un entrante del pasadizo de servicio. Hay otro en la esquina oeste, y el cuarto pasea a ratos por la acera.

—¿Me siguieron a mí y a Alex desde el club?

—Me siguieron a mí a distancia de cinco minutos. Llegaron mucho antes que usted.

—¡Quién sea el que le haya delatado, no fui yo, Stevens!

—Diógenes estaba en el avión que cogí en Singapur. Sólo usted y Cabello de Plata sabían mi identidad verdadera. No querrá que sospeche de Cabello de Plata, ¿eh?

—Puedo echar las cortinas y encender la luz, ¿quiere?

—¿Con cuatro vigilando sus ventanas? ¡Oh, no, querida! Me ha creado usted un problema. Cabello de Plata confiaba en usted. Yo no puedo permitirme este lujo.

—Él colocó su vida en mis manos. Suena dramático, pero es la verdad. ¿Lo habría hecho después de lo que ocurrió con el de Roma y el de Singapur?

—Ya le dije que era todo un problema. ¿Qué puede contarme de Alex?

Se aproximó Stevens a un lado de la ventana. Un coche negro acababa de detenerse cerca de la esquina. El mismo en que habían viajado los cuatro centinelas.

—¿Le gustaría un poco de café? —inquiría Cora Bryce.

Se apartó Stevens de la ventana.

—Me gustaría saber algo de Alex Krane. No le importe por qué. Quiero saber quién es, lo que hace y bajo qué apariencia.

—Alex Krane es jefe de una sección del contraespionaje portuario. Tiene cuarenta y un año, bien parecido, listo y encantador... aunque a veces puede ser muy bestia. Nació en el sur de Inglaterra, de familia alemana, estudiando leyes en Londres y ampliando estudios en Múnich. En la guerra fue comandante. Su verdadera misión consiste en proteger a quienes tengan que ver con las investigaciones atómicas

y por eso está interesado en Lars Morlake.

—Cuénteme detalles particulares de Alex como individuo.

—Bebe bastante, pero sabe beber. Viste muy bien. Tiene una casa espléndida.

—¿Qué dirección?

Nombró ella una calle en la zona oriental del puerto.

—¿Está casado?

—No.

—¿Es rico?

—Tiene propiedades que le rentan.

—¿Y tiene éxito con las damas?

Se agudizó un poco la voz de Cora Bryce:

—Supongo, pero no llevo la cuenta de sus aventuras falderas. Para evitarle más sondeo le diré que estoy enamorada de él.

—¿Quién es Sabrina?

Tardó ella unos segundos en comentar.

—Lleva aquí menos de cinco horas y sabe ya quién es Sabrina Valli...

—¿No recuerda? Estaba yo a diez pasos del coche gris.

—Sabrina no tiene la menor importancia... salvo para mí.

Volvió Stevens a mirar hacia la calle, al coche negro y el centinela de la esquina. Masculló:

—Lo primero que tengo que hacer es hallar una solución por lo que a usted se refiere, querida.

—¿No se le ha ocurrido pensar que si le hubiese delatado, ello equivaldría a suicidarme?

—Una alcoba en tinieblas no me aclara nada.

—¿Como pudo llegar hasta aquí si abajo hay cuatro enemigos?

Contó brevemente Stevens su suplantación de lechero. Preguntó ella:

—¿Está armado?

—Los aeropuerto me quitaron el petardo.

—No puedo verle bien, pero creo que me resulta usted agradable.

—Qué pena que sea usted la esclava de Alex, caramba.

—Ya que se toma la existencia alegremente, resígnese a permanecer aquí hasta que luzca el sol. No podría pasar de nuevo por entre ellos con su cesta de botellines.

—¿Qué ocurrirá cuando luzca el sol?

—Puedo comunicar con Alex y él se cuidará de los cuatro —y poniéndose en pie, añadió—: Maldita sea. Si no quiere café, yo sí.

—Si no tiene que encender luz, bueno.

Stevens oyó el deslizarse de los pies desnudos y el enchufe de la coccinilla eléctrica. Minutos después traía ella una tacita en cada mano, y un cigarrillo entre los labios.

—Bien, Stevens... Usted... ¡Stevens!

Guy Stevens ya no estaba en el departamento número 33.

El de la cicatriz marcó un número en la cabina telefónica a treinta pasos de la intersección de la calle Reyner. Cuando contestaron, dijo ceñudo:

—Aquí Joe Brodik. Ese tipo no es un hombre normal. Ahora está en el departamento de Cora.

La respuesta fue descortés:

—¡Condenados monos estúpidos! ¿Cómo pudo él entrar?

—Hace cinco minutos salió de un callejón un tipo. Repartidor de leche. Venía aún medio soñado y palpó su carro con cariño. Pero otro tipo media hora antes...

—¡Comprendido, idiota! Vuelve al coche y espérame.

—¿Por qué no subo y agarro a Stevens?

—¡Imbécil! Si lo hicieras tendríamos también que matar a la chica. ¡Espera a que acuda yo!

Joe Brodik, malhumorado, colgó el aparato. Había noches de mala luna.

Guy Stevens, al hombro la cesta de reparto, se aproximó al entrante del pasadizo en que como un centinela en su garita se hallaba Henry Diógenes.

Se detuvo dejando la cesta en el suelo y preguntando:

—¿Compra leche?

—Nada de leche —gruñó Diógenes—. Despeje.

Y a la vez aplicaba Stevens una llave de judo. Atenazándole por el cuello, se llevó a rastras a Diógenes por la salida lateral, hasta el muro, al final del callejón.

Lo soltó para aplicarle un toque de canto con la diestra en la nuez de Adán. Resoplando se encogió Diógenes, momento que aprovechó Stevens para cachear rápidamente. Sacó de su bolsillo un revólver de corto cañón.

—Henry, Henry —avisó empujando con la zurda abierta bajo el mentón y obligando a erguirse al angloportugués—. Si me obliga, le mataré. Creo que lo comprende, ¿verdad?

Henry Diógenes boqueaba como un pez en busca de aire. Prosiguió Stevens:

—Me tienen frito tres matones. ¿Quiénes son?

—Señor Storm... Amigo mío...

—Llámeme Stevens, puesto que se acabó la comedia ¿Por cuenta de quién trabaja usted, muchacho?

—Está en un error —ganguetó Diógenes, palpándose la garganta.

La culata del revólver chocó en la oreja derecha de Diógenes.

—Evitemos violencias absurdas, Henry. ¿Quién le envió a Singapur a esperarme? ¿Quiénes son los tres que hay en la calle? Hable o no sale vivo de este callejón.

—Le juro que no sé nada.

—¿Quiénes son ellos? ¿Quién pretende que no encuentre a Morlake?

—Le imploro... le juro que no sé nada de nada.

Golpeóle Stevens pensando en Morlake, en el terrorífico secreto que poseía Morlake, en la gente que había degollado a uno en Roma y a otro en Singapur.

CAPÍTULO IV

Oyendo el timbre de la puerta, creyó Cora que Stevens volvía. Abrió, exclamando:

—¡Tú!

Alex Krane, alto y ancho, sonrió. Era un hombre guapo, de espeso cabello negro y ojos azules, risueños. Entró, cerrando al preguntar:

—¿A quién esperabas?

—A Stevens. Creí que regresaba... ¿Me oyes? ¡Guy Stevens ha estado aquí hace apenas unos minutos!

No exteriorizó Krane la menor sorpresa:

—¿Estás segura que era Stevens?

—Por completo. Hay cuatro hombres en la calle, buscándole.

Se aproximó Krane mirando por la ventana, y sin volverse preguntó:

—¿Dónde está ahora Stevens?

—No lo sé. Se marchó sin avisarme.

—No tengo tiempo de explicártelo todo, pero hay algo curioso. Uno de mis hombres me comunicó hace un cuarto de hora, que hubo uno preguntando tu dirección en el «Maya». Por eso vine.

—¿Sabes mi verdadera labor, Alex? Estoy asustada.

—Tienes motivos para estarlo. Es posible que el visitante fuera un impostor. Tuviste que comunicarle al coronel allá en Londres que esto estaba mal planeado. Cualquier impostor nos puede engañar.

—¡Te juro que era Guy Stevens! Había dos hombres esperándole en el aeropuerto, y hay cuatro acechándole abajo en la calle —insistió, excitada.

—En la calle no hay nadie. Compruébalo tú misma.

Miró Cora. En la calle sólo estaba el coche gris. Se había ido el coche negro. No había nadie por la acera ni en la esquina.

Seguía mirando cuando oyó el primer eco de un disparo, luego otro. Después, dos más consecutivos.

Alex Krane, rígido, tendió el oído. Dijo:

—Proceden del callejón lateral —y apresurándose hacia la puerta, añadió abriéndola—: Espera aquí.

Henry Diógenes dobló las rodillas, pero lo irguió Stevens con un manotazo bajo el mentón. Roncamente, gritó:

—Podrá matarme, pero no podré decir lo que no sé.

Ladeó Stevens la mano que empuñaba el revólver. Se cubrió Diógenes el rostro con un codo. Hincó Stevens el puño izquierdo en el estómago.

—Vamos, Henry. Nombres y pronto.

Diógenes miraba el extremo del callejón y murmuró:

—Cuidado. No estamos solos.

Frente a él y al muro, silabeó Stevens.

—El truco es viejo, muchacho. Cita ya nombres de una vez.

Gritó Diógenes:

—¡No, Joe! ¡Yo no, Joe!

Stevens seladeó virándose y a la vez empujando a Diógenes, asiéndole de la pechera. Sintió cómo se erguía Diógenes al penetrarle en la espalda los dos balazos.

Por bajo el sobaco de Diógenes disparó dos veces hacia la sombra encorvada a la boca del callejón, que desapareció.

Soltó lentamente a Diógenes, que se encogió de lado en el suelo. Y doblando Stevens una rodilla, le habló al oído.

—Joe... Usted dijo Joe... ¿Es Joe quien le disparó?

—Él quiso matarle a usted.

—¿Quién?

—No dará con él... No lo encontrará... Le matarán.

—¿Quiénes —porfió Stevens, encañonando la boca del callejón—. ¿Y a quién no encontraré?

Murmuró Diógenes:

—El Rombo... Le destruirán a usted... —se le contorsionó el rostro en un fantasmal rictus—. No le agradará morir así, capitán Stevens...

Brotó espuma ambarina de sus labios, al añadir en espasmos:

—Morirá así... en cualquier calle... oscura... Rombo Nocturno...

Su cabeza seladeó y cesó en él todo espasmo. Quitándose el batín blanco ensangrentado, lo dejó Stevens caer al suelo junto al cadáver.

Retrocedió y tomando impulso, saltó hacia arriba, agarrando el borde del muro. Hizo una contracción, cabalgó el muro, y saltó al otro lado.

Era un patio asfaltado con coches aparcados. Pasó por entre los coches corriendo hasta la otra calle. Iba pensando en las dos únicas palabras importantes que el agonizante había pronunciado: «Rombo... Nocturno...»

Alex Krane entró por el callejón corriendo hacia la mancha blanca

junto a un cuerpo. Cogió la muñeca. La dejó caer, y mirando hacia lo alto del muro, agitó la cabeza en asentimiento.

Regresó al departamento 33, cuya puerta, abrió Cora. Preguntó Krane:

—¿Has llamado a la policía?

—No.

Se aproximó Krane al teléfono sobre la mesita y marcó un número. Tendió el aparato cubriendo la boquilla:

—Háblales.

Habló ella:

—Oiga... He oído disparos en el callejón adjunto al número 42, calle Reyner.

Tras la pausa, añadió ella:

—Cora Bryce, departamento 33.

Ahorquillando, comentó:

—Ya les habían llamado. ¿Qué ha sucedido?

—Si era Guy Stevens el que te visitó, acaba de matar a un hombre. De dos tiros, dejándole al final del callejón junto a la tapia.

—Stevens no tenía con qué dispararle a nadie.

—¿Cómo? Bien... Pues porque el cadáver es el de un hombre esbelto, con aspecto sudamericano...

—Diógenes. Dijo Stevens...

—Descríbeme a Stevens.

—Debe medir cerca del metro ochenta, anchas espaldas, delgado. Aparte esto, no tengo la menor idea de cómo puede ser.

—¿Quieres decir que no le reconocerías?

—Claro que no. Hablamos en la oscuridad, y además, tenía un gorro blanco hundido hasta las orejas.

A lo lejos resonó la sirena de un coche policial.

—Tengo que irme, Cora. Si te preguntan, sólo oíste los disparos y despertando telefoneaste. Nada más. Sin mencionar a Stevens ni a mí, ni a los que montaban guardia en la calle.

—Sí, pero...

—¡Compréndelo! Si el que te visitó era Stevens, tengo que entrar en contacto con él antes que lo haga la policía.

Cuando pisaba Krane el acelerador, el coche policial entraba en el callejón. Condujo acelerando hacia el puerto. Quince minutos después, detenía el coche al interior de un garaje, junto a un «Humber» verde.

Bajando, silbó Krane, repetidamente. Después llamó:

—¡Ven acá, Nerón! ¿Dónde diablos te has metido? Este maldito dogo...

Desde el «Humber» advirtió una voz:

—Lo siento, viejo. Siento mucho haber tenido que golpear su dogo.

En el patio, se volvió Krane hacia el hombre que salía del garaje:

—¿Quién es usted?

—Si usted es Alex Krane, se lo digo.

—Soy Krane.

—Entonces, adivine quién soy.

—Apostaría a que usted es Guy Stevens.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, sonrió Stevens:

—Ganó la apuesta. Repito que lamento lo de su dogo. No se alegró al verme y ladraba mucho.

Al reflejo lunar se contemplaron mutuamente en silencio, como midiéndose.

—¿Cómo encontró mi casa? —preguntó Krane, por fin.

—Cora.

—Bien, vayamos dentro.

—Todavía no, si no le importa. Tengo que preguntarle una cosa: ¿quiénes y qué es el Rombo Nocturno?

Krane rebuscó en sus bolsillos hasta sacar un paquete de cigarrillos cogió uno, que encendió, y tendiendo el paquete, dijo:

—Perdone.

—No hay de qué. ¿Oyó mi pregunta?

—La oí. Supongo que está usted en perfecta salud y no recibí ningún golpe duro en la cabeza.

—Me encuentro boyante.

—Bien, pues no tengo la más remota idea de lo que me habla.

—Hubo un individuo que muriéndose en un callejón, se murió antes de poderme decir nada importante, salvo aludir a un temible Rombo Nocturno.

—Estoy al corriente de sus actividades nocturnas. Vengo del piso de Cora. Fui directamente a verla, cuando supe que un sujeto había estado en el «Maya» preguntando la dirección de ella.

—¿Sabía que el sujeto ese era yo?

—No.

—No me gustan las cosas tal como se han presentado. Hay algunos bribosos sujetos resoplándome en la nuca que no tendrían ni que conocer mi nuca.

—Y al decidir usted que Cora no le delató, soy el candidato más probable y capacitado para haber enviado una nube de «gangsters» tras su nuca.

—Aproximadamente así es, Alex —sonrió Stevens, sin ganas.

—Si medita un poco y accede a entrar en mi casa, me gustaría enseñarle algo.

—¿Ese algo... se llama Joe?

Rió Krane:

—Por favor; no siga con sus enigmas. Se trata de darle mi informe sobre un sujeto llamado Henry Diógenes, al que mató usted hace poco.

Tal vez así le persuadiré de que le conviene refugiarse bajo mi techo un par de días —y Krane catapultó a lo lejos la colilla—. Ha tenido usted un recibimiento desagradable y comprendo que esté escamado. Pero conmigo no se escame. Son las cinco de la mañana, hora buena para soplarnos un trago decente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, salvo en un punto. Yo no maté a Henry.

—Naturalmente, naturalmente que no... Permita que le preceda. Aquella puerta lateral conduce a mi estudio.

Tres paredes del estudio de Krane tenían cuadros y estantes de libros. La cuarta tenía una balconada dando al jardín. Había una radio gramola. Una larga mesa. Un pequeño bar esquinado, móvil, sobre rodillos.

Sentado en el confortable sofá, miró Stevens cómo descorchaba Krane un frasco de scotch. Después miró al dogo que, tambaleándose, entró gruñendo.

—Calma, «Nerón» —sonrió Krane—. El señor es un amigo, aunque no te lo pareciera al primer ladrido.

«Nerón» meneó un poco el rabo, dedicó una última mirada sanguinolenta al visitante, y tendiéndose en la alfombra, se lamió una pata pasándosela repetidamente por el chichón entre las dos orejas.

Tendiendo el alto vaso, sonrió Krane:

—Para que brille siempre la buena estrella. ¿Dónde dejó su americana?

—Con ella no podía enfundarme en el batín del lechero. La tuve que abandonar. Nada en ella. Todo en mi pantalón.

Krane se sentó en el brazo de un sillón. Un hombre cabal, pensó Stevens. Suavemente imperioso afable, de clara mirada y física prestancia.

—¿Cuáles son sus planes inmediatos, Stevens?

—Contaba con usted para orientarme.

—Por de pronto, quienes sean los que le hostigaron, juegan duro y tienen respeto únicamente por su propia ley.

—¿Quiénes son?

—Escuche... Lars Morlake no era un viajante de comercio, sino un símbolo nuclear que valía por un centenar de divisiones motorizadas. Se ha esfumado y hay gente que va siendo asesinada para que no se halle su pista. Puedo decirle cuál es mi teoría. En esta región hay muchos «gangs» de muelle. Hay también bandas de pájaros con plumaje fanático, que trabajan en la sombra. Es posible que los dos que le recibieron esta noche, formasen parte de alguna de estas bandas de fanáticos.

—Es posible.

—Por lo tanto, lo mejor es tenerle a usted fuera de la circulación un par de días. Tengo tres habitaciones vacías arriba. Elija. Yo puedo ir

en busca de su equipaje. Por cierto, ¿dónde lo tiene?

—En el aeropuerto.

—Iré a por su equipaje. Podemos organizarnos. Por lo pronto, esta noche ya hizo algo. Sacó a cuatro de las sombras.

—Y uno de ellos murió. ¿Qué iba a enseñarme sobre Henry?

—Una ficha de mi registro personal. No la tengo a mano. Concretamente describe a Henry como un hombre con una facultad excepcional. Una memoria de registradora. Leía un capítulo entero de Shakespeare y un mes después se lo recitaba a usted de un tirón.

—¿Y esta facultad para qué le servía?

—Era también visual. Se empolló la lista y fotos de agentes de los servicios del contraespionaje. Su centro era Singapur. No creo que esperase concretamente por usted, pero le reconoció. Tenga presente que en la lista que se empolló Henry, estaba usted, Stevens. Y yo. Al reconocerle en Singapur, tomó Henry plaza en el avión. Tuvo la suerte de encontrar la plaza a su lado.

—Todo eso serán teorías, ¿no?

—Pura teoría, pero suena lógico. Ya que ni el coronel ni Cora le delataron, ¿qué otra cosa puede deducir? Todo lo que yo sé de usted, lo he averiguado ahora mismo al hablar con Cora. Yo no sabía por qué ruta venía usted, ni cómo se llamaba, ni siquiera cuando llegaría.

—La teoría sobre Henry me parece la atinada. Tengo sueño, Krane.

Subió Krane por unas escaleras hasta una amplia habitación con vistas al jardín y al puerto agrisándose con el amanecer.

—Allí está el cuarto de baño. Tendrá usted que prepararse el desayuno, porque la señora Craven, mi ama de llaves, fue a visitar a unos familiares y no volverá hasta mañana. Si oye algún ruido hacia las diez, seré yo. Está usted en su casa. Duerma a gusto. Hasta luego.

Bajando las escaleras, Alex Krane entró en el estudio y llamó al dogo. Le habló lentamente silabeando, señalándole las escaleras y después la habitación tras cuya puerta se alojaba el visitante.

El dogo fue a tenderse en el rellano a pocos pasos de la puerta de la habitación, con la cabezota a ras de suelo, entre las patas delanteras.

Alex Krane se dirigió al fondo de la casa, llamando suavemente en una puerta:

—Señora Craven.

Hubo un susurro de sábanas, de pies desnudos, y se entreabrió la puerta.

—Dígame, señor Krane.

—Antes de una hora, estará usted fuera de esta casa, para cumplir los siguientes encargos.

Dio Krane detalladas instrucciones, referentes a la llegada de un submarino, terminando con la dirección de un refugiado polaco que había aterrorizado dos meses antes.

—...es esencial que se cerciore de que nadie la sigue, y estará de regreso a esta casa a las seis de la tarde.

—Muy bien, señor —y la señora Craven cerró la puerta.

En su estudio, Alex Krane marcó en el teléfono los mismos números que había marcado hacia la medianoche en el despacho de Bob Lane, dueño del «Club Maya».

Replicó la misma voz femenina, y anunció Krane:

—Ya puedes dormir tranquila ahora. Tenemos al hombre bajo control. Está aquí en mi casa. Ya es tarde para emplear métodos directos. Me temo que tenemos que ser más sutiles. Hacia la una espérame en tu chalet. Tendremos que emplear a Gross Brenan hasta que terminemos con Stevens.

—¿Y cuándo terminaremos con él?

—Con suerte y mano izquierda, unas veinticuatro horas máximo.

—No falles, Alex. Entramos en contacto con él apenas llegó, y en cinco horas tuvo tiempo de hablar con Cora y acabar con Henry.

—Ya no hay cuidado. Hasta la una, Sabrina.

Y colgó el aparato. Para poco después entrar en su habitación, después de acariciar al paso la cabezota del dogo.

CAPÍTULO V

Tras ducharse, se deslizó Stevens entre las sábanas. Mentalmente, efectuó el recorrido desde que salió del aeropuerto hasta meterse entre sábanas. Formuló varias teorías.

Apartando la sábana superior, la dobló cuidadosamente. Después abandonando la cama, entreabrió la puerta una pulgada. Allí en el rellano el dogo negro irguió las cortas orejas, asestando una mirada sanguinolenta a la rendija de la puerta.

Abrió Stevens un poco más y el dogo se puso en pie, arrugando el hocico.

Stevens cerró la puerta y regresó a la cama.

Una aplastante lógica le llevaba a una sola conclusión. Si tenía que averiguar algo sobre Morlake, de momento tenía que aceptar que fuese Alex el que llevase la batuta. Se durmió.

La habitación irradiaba sol, cuando entró Krane, diciendo jovial:

—Las diez de la mañana. Buenos días. ¿Le sirve? —y presentaba una maquinilla eléctrica de afeitar.

—Magnífico —sonrió Stevens, jovial—. Y gracias también por el cepillo de dientes. Allí está el resguardo de mi equipaje.

—Baje cuando quiera. Preparo un desayuno a mi modo.

Poco después, en la cocina señaló Krane los huevos fritos y jamón, el café, tostadas y mermelada, siguiendo en su desayuno. Y cuando lo terminó, dijo:

—He enviado a uno de mis hombres para el equipaje. Otro ha traído una copia de la ficha de Morlake. Y durante un par de días, no se asome a la calle, Stevens.

Mentalmente, replicó Stevens: «Tú llevas la batuta, muchacho, por ahora».

En voz alta, contestó:

—¿Considera estrictamente necesario que siga aquí escondido, Alex?

—Por completo necesario. Acabaremos de planear algo, cuando regrese esta tarde. Si desea algo, basta con que me lo diga.

Del bolsillo del pantalón sacó Stevens el revólver de Diógenes:

—Este petardo es casi inservible. Procúreme una «Luger» o «Savage» o «Mauser»... En fin, una herramienta potable.

—De acuerdo.

Fumaron un cigarrillo y levantándose, dijo Krane:

—En mi estudio tengo lo referente a Morlake. Desgraciadamente, poca cosa.

En el estudio, sacó de un cajón de la mesa unos papeles cogidos con un clip.

—Encontrará la prensa en cualquier sitio. Hasta luego.

Desde el balcón, vio Stevens a Alex abandonando el jardín en el «Humber» verde.

Regresó Stevens a la mesa, leyendo la copia de la ficha.

Lars Morlake había llegado de noche, pasó por la Aduana y fue visto por un maletero entrando en un taxi, cuyo número naturalmente no anotó ni recordaba. El maletero se llamaba Lewis Burns.

Cierto inspector detective llamado Sullavan, que parecía trabajar a veces en conexión con el despacho de Krane, había interrogado muchos taxistas. Todo inútil. Lars Morlake parecía haberse esfumado en el aire.

Encontró Stevens el periódico sobre una mesita junto al bar. Lo hojeó: ninguna mención de Henry ni del tiroteo del callejón.

Pero le atrajo un corto «suceso» especificando que Lee Miles, de treinta y un años, camarero, había sido brutalmente apaleado al dirigirse hacia su casa, tras salir del club en que trabajaba de noche. Había ingresado en la Clínica Reina Victoria. No había sido robado ni podía describir a sus dos atacantes ni dar razón alguna del por qué había sido vapuleado.

A las once treinta llegó una furgoneta, y un hombre trajo el maletín y las dos valijas. Se mudó Stevens, regresando al estudio. Del cajón en que Krane había sacado una llave de contacto, sacó otra.

Fue al garaje. Encajaba en el contacto del «Hillman» gris.

Silbando condujo Stevens el «Hillman» hacia lo que parecía ser el centro comercial de la ciudad. Paró para comprar un plano-mapa de la ciudad.

Tras el volante, estudió el camino más corto para llegar al aeropuerto.

A la una menos cinco, Alex Krane detenía el «Humber» verde en la terraza de la gran casa blanca de la Ribera Norte. Una mansión solitaria en la colina rocosa, dando a la bahía, y con una sola vía de acceso: una carretera privada en la ladera.

Bajando del «Humber» pasó Krane junto a la piscina, entrando en la casa.

Subió unas escaleras y salió a una terraza, en la que había parasoles, sillones y colchones para baños de sol.

En uno de éstos, tendida boca abajo, estaba una mujer de unos treinta y cinco años. Morena, con el cabello peinado raya central y rodete a la nuca. Estaba bronceada desde la frente a la punta de los pies.

Ladeó la cabeza, tendiendo una mano, y su ancha boca roja sonrió:

—Alex, este sol me entenece. Bésame.

Obedeció Krane, y minutos después dijo ella:

—Vete a mudarte y ven a tomar el sol.

Reapareció Krane con calzón de baño, sandalias y albornoz al brazo. Ella se había sentado en una de los sillones y agitaba una coctelera. Su bikini era un pareado hawaiano. Preguntó Krane:

—¿Avisaste a Cross Brennan?

—Esta arriba con Joe Brodik. Ese Stevens, ¿qué tal es?

—Me temo que muy competente.

—¿Sospecha de ti?

—¿Y por qué? Le conté una historia acerca de unos fanáticos.

—¿Qué aspecto tiene?

—Muy personal. Las mujeres dirían que tiene rostro de «gangster» simpático y filósofo. Pómulos duros mirada gris penetrante... En fin tú misma ya lo verás pronto.

—¿Por qué necesitas a Cross Brennan?

—Ya no podemos liquidar sin más a Stevens. Cuando bajó del avión, sí. Pero ya habló con Cora. Y si le pasa algo a Stevens, después de que salió indemne de visitar a Cora, el astuto coronel podría sospechar de mí, por eliminación, y en todo caso mandaría a Cora que regresase a Londres. Lo cual no nos interesa, porque entonces no sabríamos qué otro agente enviaría el coronel.

—¿Qué piensa Cora? —preguntó Sabrina Valli.

—La pobre chica está preocupada por Stevens, y completamente despistada, pero tiene en mí una fe sublime. Bueno, volviendo a Stevens, nos vamos a librar de él de tal modo que el coronel nunca se enterará de lo que le sucedió, y no vendrán más agentes de la Cuarta

Sección.

—Aclárame el rompecabezas.

—Emplearé las dotes teatrales de Cross Brenan y emplearé también a Jason Corbett.

—Jason Corbett murió —objetó Sabrina.

—Sí, pero sólo lo sabemos tú, yo y Brodik.

—Y el dogo «Nerón» —sonrió ella.

—De acuerdo. Pero Jason Corbett resucitará por un par de días y morirá de nuevo el pobre.

Con leve impaciencia, manifestó Sabrina:

—Si Stevens ya ha pasado parte de la noche hablando con Cora...

—Escucha bien... Stevens salió del avión y logró llegar al «Maya», pero sin hablar allí con Cora ni ser visto por ella. Se marchó del «Maya» cinco minutos antes que nosotros. Cuando le teníamos bloqueado, forzó a Brodik a matar a Diógenes, parapetándose con él. Pero cometió un gran error que nos lo entrega por completo.

—¿Qué error cometió?

—Habló con Cora en plena oscuridad. Ella no tiene la menor idea de su aspecto aparte que es alto, delgado y ancho de hombros... como Cross Brenan. Stevens ya no volverá a ver a Cora en el «Maya» ni en su departamento. Y cuando ella crea volver a ver a Stevens, estará ante ella nuestro gran actor Cross Brenan.

El maletero Lewis Burns aceptó la copa que le ofrecía Stevens, en el bar del aeropuerto. Había dado por firme que el individuo de duro aspecto era un policía. Deglutió saliva varias veces antes de comentar:

—Ya lo dije todo a la policía, hace unas tres semanas. No veo por qué haciendo memoria pueda añadir nada nuevo.

Sonrió Stevens afectuoso. Sonreía así raramente, pero al hacerlo se modificaban sus duras facciones:

—Escuche, señor Burns. Voy a hacerle una confesión de hombre a hombre. Nosotros los policías solemos tener prisa y resultamos antipáticos, pero a veces se da el caso de que tenemos tanta prisa... y además, estoy seguro de que es usted el único hombre con pupila en este aeropuerto.

Halagado, refutó Burns.

—De todos modos, cuanto pude ver ya lo declararé a sus colegas. Uno de ellos, alto, moreno, de ojos azules, me avasalló mucho.

—¡Ah, ah! —y Stevens, adivinando, sugirió—: Yo tampoco simpatizo con ese condenado orgulloso de Krane.

Asintió Burns:

—Eso es. Si la gente quiere información debe solicitarla correctamente no avasallando.

—A su salud, señor Burns. ¿Otra copita?

—Pues no vendrá mal —y tras apurar el segundo vermut, añadió Burns—: Bien, pues resulta, que voy haciendo memoria. Si entonces cuando me preguntó su colega Krane, me callé, es porque no podía hacer memoria. Bueno, pues resulta que el tal Lars Morlake me hizo una pregunta. Quería saber cuánto tiempo guardaban una carta en Lista de Correos Central, sin abrirla.

—¿Y qué le contestó usted?

—Que la guardaban dos meses. Y entonces en el mismo pupitre de pared en que yo me acodaba, escribió en una hojilla, la metió en un sobre y puso la dirección.

—Y usted, que es hombre de pupila... —sonrió Stevens.

—Claro, no teniendo otra cosa mejor que hacer, miré.

—¿Y a quién dirigió la carta Lars Morlake?

—A él mismo.

—¿Cómo?

—Sí, sí... No me equivoqué leyendo, no. Dirigió el sobre a Lars Morlake. Y echó la carta en aquel buzón. Bueno, espero, que por no haber explicado esto antes, no vendrá a molestarme su orgulloso colega Krane.

—Descuide, señor Burns. Queda entre nosotros dos.

Sólo cuando se hubo ido Stevens, se le ocurrió pensar a Lewis Burns que ni siquiera sabía el nombre de aquel policía tan simpático.

En el gran vestíbulo de Correos Central, se acodó Stevens en la ventanilla marcada: «LISTA». Dijo:

—Me llamo Morlake. ¿Hay algo para mí?

Barajó la empleada un mazo de cartas en la letra «M». Preguntó:

—¿Esperaba alguna carta hace tiempo?

—Unas tres semanas.

—Esta es. Firme aquí, anotando el número de su pasaporte o licencia.

Firmó Stevens y volvió al coche. Sentado tras el volante, rasgó una esquina del sobre, extrajo lo escrito por Morlake la misma noche de su llegada, y permaneció pensativo un largo instante.

En un hotel playero saboreó una excelente comida. A la tercera taza de café, después de haber leído dos veces más la nota que Morlake se dirigió a sí mismo, empezó el ejercicio mental de repetirse aquella carta hasta sabérsela palabra por palabra.

En un café pidió un sobre y sello, preguntando al camarero:

—¿Cuál es la dirección de la estafeta con Lista, en el bulevar ribereño, a unos cien pasos antes del puente metálico?

—Bay South, señor.

Introdujo Stevens la carta de Morlake en el sobre engomó, y escribió:

«Gerald Storm
Lista
Bay South Post
Ciudad»

La echó en un buzón, camino de regreso al hogar del anfitrión Krane.

CAPÍTULO VI

Saliendo del garaje, se detuvo. A cinco pasos, el dogo «Nerón», estremeció el pelaje del lomo, gruñía sordamente. Murmuró Stevens:

—Muchacho, muchacho... No me jeringues...

Acudía una mujer de mediana edad, gruesa, ceñida en vestido negro, atirantado el cabello rubio, sin maquillaje el severo rostro. Llamó al dogo.

—Buenas tardes —saludó Stevens—. Supongo que es usted la señora Craven. Soy huésped del señor Krane.

—Sí, señor. Me dejó una nota el señor Krane. Encontrará la Prensa de la tarde en el estudio. El dogo no le molestará si no le presta atención, señor.

—Dígale entonces al dogo que no me preste él tampoco la menor atención, señora Craven.

El dogo se tendió al umbral del estudio, mientras echaba Stevens un vistazo al periódico. No mencionaba nada de Henry Diógenes. Hacia las seis y media, el dogo saltó en pie, corriendo al jardín.

Alex Krane pasó ante el estudio, saludando jovialmente. Acudió con dos altos vasos, con whisky y pedacitos de hielo. Sentándose, inquirió:

—¿Le gusta conducir el «Hillman»?

—Buen cacharro, ciñéndose estupendo a los virajes.

—No tengo que oponer la menor objeción a que use mis coches, pero, ¿no cree que fue una imprudencia salir de paseo?

—¡Bah! Metido en el coche devoré millas, compré un plano, estudié la ciudad, y hasta fui al aeropuerto a hacerle preguntas al maletero Burns.

—¿Burns? ¿Y qué le sacó en limpio?

—Nada más que lo que ya consta en el expediente. ¿Y usted qué tal?

—No perdí el tiempo yo. Estuve visitando inspectores del C.I.D. Entre otras cosas, a fin de conseguir para usted una nueva identidad.

—Excelente.

—Llegan aquí a diario centenares de ingleses y europeos.

—¿Es que los ingleses no somos europeos? —sonrió Stevens.

—¡Condenados insulares! —rió Krane—. Un inspector amigo me sugirió que podíamos hacer de usted un desertor inglés reclamado en Londres.

—No está mal.

—Naturalmente tendrá usted que ir a un hotel barato. Para darle más legitimidad a su nueva persona, fingiendo hasta un arresto, pasando usted una noche en la cárcel, acusado de algún delito menor. Así al salir libre, ya queda usted a salvo de toda persecución.

Mentalmente, contestó Stevens: «Sigues llevando la batuta, muchacho, y no tienes un pelo de tonto, no». En voz alta, replicó:

—Me agrada. ¿Y cómo me llamaré?

—Jason Corbett.

Se asomó la señora Craven.

—La cena está servida, señor Krane.

Levantándose, dijo Krane:

—Vamos a mover el bigote, Guy.

Cenaron en silencio, y terminando indicó Krane:

—Voy a hacer una visita social. ¿Quiere acompañarme, Guy?

—Con mucho gusto, Alex.

—Un momento, que daré instrucciones a mi ama de llaves.

Cuando volvió al vestíbulo Krane, tenía en el bolsillo el pasaporte de «Gerald Storm».

En el coche, preguntó Stevens:

—¿A quién vamos a visitar?

—A una viuda encantadora, que posee la elástica belleza de una tigresa. Me gusta mucho. Se llama Sabrina Valli.

En el espléndido chalet solitario, presentó Krane al señor Gerald Storm.

Sabrina Valli resultaba más que encantadora hablando de Londres, París, Madrid, Mallorca... Era un impacto a la vista, con su vestido escarlata de escote ovalado, y grandes aros de oro por pendientes.

—Mientras enseño el panorama desde la terraza alta a mi visitante, Alex, busca a Viktor y dile que nos traiga bebidas allí.

Cuando Krane quedó a solas, entró el mayordomo Viktor. Miró los tres vasos en los que acababan de beber Sabrina, Stevens y Krane. Preguntando:

—¿Cuál?

Apuntó Krane el vaso que acababa de vaciar Stevens:

—Este. Emplea el pañuelo. ¿Está ya avisado Ferenc?

—Espera por las huellas y el pasaporte.

Tendió Krane el pasaporte:

—Dile a Perene que trabaje de prisa, porque he de llevarme este pasaporte al irme.

Pasó Krane al cuarto contiguo. Allí estaba Cross Breña, alto, de anchas espaldas, delgado y muy risueño.

—¿Qué tal, Cross?

—Su voz es fácil de imitar. La mía un poco más ronca. Iré ahora

arriba para acabar de empaparme de sus gestos, modales y etcétera.

En la terraza alta, acodada en la barandilla, decía Sabrina:

—¿Le agrada navegar en balandro?

—Un rato.

—Más allá de la piscina. ¿Ve aquellos escalones? Bajan a una rada pequeña donde tengo un embarcadero privado y un yate.

—¿Suyo?

—Y de usted —sonrió ella. Una tigresa aterciopelada, de ancha boca, pulposa, dientes restallantes de blancura carnívora—. Con cuatro literas. Por cierto, señor Storm, ¿pertenece usted a la misteriosa sociedad de la que es jefe Alex?

—Yo soy sólo un turista inocente, señora.

Se volvió ella de espaldas a la barandilla, ladeando el rostro, su boca a escasa distancia del rostro de Stevens:

—No... De veras que no puedo imaginármelo como un turista inocente.

Se apartó ella, porque entraba Alex. Vino después Viktor escanciando whisky para los dos visitantes, un cóctel para Sabrina.

Una charla amena: países, costumbres, pintores, conciertos... Y era ya la medianoche, cuando cerró Sabrina el contacto del tocadiscos, mientras Krane se ausentaba unos instantes.

Murmuró ella, levantándose.

—Venga a pasar el próximo fin de semana, Gerald. Me deleitará.

—El deleite será todo mío, señora.

—Llámeme Sabrina.

—No excluye que sea usted toda una señora, Sabrina.

De regreso, conducía Krane velozmente. Trataba Stevens de adivinar el motivo por el que había sido exhibido a la tigresa Sabrina, sin hallar respuesta. Aunque comprendía los celos de Cora Bryce.

En la casa, ofreció Krane «la espuela» de noche. Mientras Stevens bebía, se ausentó Krane un momento. El tiempo suficiente para que la señora Craven volviera a dejar el pasaporte en el cajón de la cómoda de la habitación de Stevens.

En el rellano, comentó Krane:

—Mañana empieza su nueva actividad, Guy. Buenas noches.

—Hasta mañana, Alex.

Se tendió Stevens en la cama. Su reloj en la mesita marcaba la una y veinte, cuando oyó el suave ruido de un motor. Situándose a un lado de la ventana, vio salir el «Hillman» gris, conducido por Krane.

Regresó a la cama, mirando el techo en las tinieblas, que era como una pizarra en la que fueran apareciendo las líneas escritas por Lars Morlake. No había encabezamiento, y la fecha era la del día de su llegada.

«Tengo motivos para creer que mi vida está en peligro. Si esta carta es abierta por las autoridades, será muy probable que ya no viva. Para saber las causas de mi muerte o desaparición, vayan al ático del número 67 D, calle Prince Albert, Tudor Cap. Ella podrá decirles lo que me ha ocurrido y la razón. Procuren conseguir que ella hable.

»*Lars Morlake.*»

—¿Ella? —susurró Stevens—. ¿Quién demonios será ella?

Se vistió rápidamente en la oscuridad, saliendo por la ventana. Bajó aprovechando los resaltes y escrutó las tinieblas. No había rastro del dogo.

Diez minutos después, llegaba a la parada de taxis, y entrando en uno, dijo:

—A Tudor Cap, calle Prince Albert, número 67 D.

Alex Krane, por segunda vez en la noche, detuvo su coche ante el chalet de Sabrina, pero no para visitarla a ella, sino para bajar al sótano.

Entró en el compartimiento equipado con material fotográfico e impresor.

Un hombre sentado en alto taburete, se inclinaba sobre una mesa con probetas. Llevaba una visera verde. Miró a Krane, diciendo:

—Ha salido bien. Las huellas, la foto y la ficha policiaca.

Enseñó el nuevo pasaporte. Llevaba todos los datos correspondientes a Gerald Storm. Pero la foto era la de Cross Brenan.

Satisfecho, dedicó entonces Krane el resto de su visita a Sabrina.

CAPÍTULO VII

Pasaban de las dos de la madrugada cuando Stevens entraba en el vestíbulo del número 67 D. Había una serie de casilleros para correspondencia. El ático equivalía al piso dieciocho. La tarjeta decía: «Cloti Graham».

En uno de los pisos resaltaba la iluminación de la terraza con parejas enlazadas bailando al son de lánguida música. Tomó Stevens el ascensor marcado «Servicio».

Salió a un corredor, en cuyo fondo había una ventana. La abrió cabalgándola. Esforzándose en no mirar hacia abajo, moviendo lentamente un solo músculo en cada desplazamiento, y el músculo correspondiente.

Pegado a la lisa pared, pisando un resalte de apenas veinte centímetros, semejaba una mosca, pero pensó que sobre la mosca tenía la ventaja de poseer un cerebro.

Pero cuando cabalgó la barandilla de la terraza del ático, tuvo que aguardar unos minutos para recobrar su respiración normal.

Oyó un reloj al interior, y casi al instante, una puerta abriéndose. Y una voz masculina implorante:

—Pero, ángel mío, sólo unos minutos más y tomaremos un ajeno con ginebra de mi especialidad.

—Vete al infierno —contestaba una dulce voz femenina—. Tengo sueño y te agradezco el recital de piano para mí sola.

—Pero, mujer, déjame quedar un poco más.

—Vete a casita, y me quedo yo en la mía sola. Dios te bendiga, pianista.

La puerta se cerró, fueron apagándose luces, y otra se encendió junto a la terraza. Una de las puertas de cristal se descorrió y una mujer salió a la terraza, sacando del bolsillo una pitillera, un cigarrillo de ésta, y rebuscando inútilmente cerillas.

Murmuró ella:

—Maldita sea.

Se aproximó Stevens, permaneciendo entre ella y el umbral:

—Puedo darle fuego.

Ella, que se volvía, respingó quedando rígida. Stevens tuvo que admirar su calma, porque replicó ella:

—Ignoraba que tuviese compañía.

Tendió Stevens el mechero encendido. Los dedos femeninos temblaban un poco. Aspiró ella y exhaló una bocanada de humo.

—No quiero darle el menor motivo para estar asustada.

—No me diga que es usted un ladrón de guante blanco. De todos modos estoy asegurada. ¿Quién es usted...?

—Gerald. Entré por el bordillo exterior.

Retrocedió ella, diciendo:

—Está usted loco, córcholis. ¿O tiene alas?

—Abajo dice que en el ático vive Cloti Graham. ¿Es usted?

—Lo que quiero yo saber es qué diablos viene a hacer aquí.

—Estoy aquí para averiguar lo que le pasó a un tal Lars Morlake.

Cloti era alta y bien modelada, de corto cabello rojizo, piernas largas y esbeltas y anchos ojos pardos que dilató asombrada:

—Quiere usted averiguar lo que le pasó..., ¿a quién?

—A Lars Morlake.

—Escuche, Gerald o como diantres se llame... Voy a empezar a gritar. A gritar en forma tan horrorosa que despertaré a la mitad de la ciudad.

—Por favor, no. Me gusta su dulce voz suave, sin estridencias.

—Pero tendré que gritar si sigue hablando sin sentido. Nunca oí mencionar a ningún Lars Morlake, ni quiero oír hablar de él. Voy a telefonear para que vengan a buscarle los loqueros o la policía. Y ahora, salga por donde quiera. Puerta, ventana o aire. O grito.

—Odio decírselo, pero si grita tendré que acallarla, ¿sabe?

—¿Cómo podrá...? —y tembló algo la voz.

—Tengo dos brazos. Cuéntelos.

—Ay, mi madre —suspiró ella, cómicamente—. Me gustan las originalidades, pero no tanto. ¿Se va sí o no?

—Apenas me hable de Morlake.

—Si es broma, es pesada a esta hora. No conozco a ningún Morlake.

—¿Y a Alex Krane?

—¡Menos!

—¿Y a Joe?

—¡Tampoco!

—¿Quién vive en este ático?

—Yo solita... apenas se vaya usted. Escuche... —y era suplicante ahora la entonación—. Sea bueno, váyase, y no llamo a la policía. ¡Córcholis! Si al menos pudiera verle la cara. No esté así en la sombra.

Se apartó Stevens de la pared junto al umbral, enmarcándose en éste. Y sonriendo, invitó:

—Eche un vistazo, y si he cometido un error, Cloti Graham, lamento haberla asustado, palabra.

—Claro que se equivocó conmigo.

—Bien, hubiera esperado hasta que luciera el sol, pero estoy en una situación algo apurada.

—Aunque tenga la cara dura, y me parezca un fresco, no me inspira asco ni mucho menos, caballero. ¿Podemos entrar en mi piso?

—¿Gritará?

—No.

—¿Se abalanzará al teléfono?

—No. Al menos no, por ahora. Tal vez me contagie usted su locura, pero ya empieza a intrigarme, Jerry (1).

El salón era amplio, de techo bajo, paredes amarillas y alfombra gris. Cuadros abstractos, cojines multicolores, sillas y diván ultramodernos.

—Ya que está aquí, Jerry, no le sentará mal un copetín, ¿eh?

—Después de atravesar el bordillo, me bebería alcohol puro.

—Tengo un ron jamaicano, que es como la coza de un mulito blanco.

Manipuló ella en una licorera, y al ofrecer la copa, brindó seriamente:

—A nuestra salud, Jerry. Más vale no ahondar si estamos en la cabal posesión de nuestros sesitos. También yo necesito unos grados de alcohol.

Bebieron, y dejando la copa en una mesita en forma de paleta de pintor, dijo ella:

—Sigo sin saber quién es Lars Morlake, y sin adivinar qué hace usted en mi nido. Y ahora, por lo que más quiera, dígame algo coherente, aunque sean sólo dos palabras.

—Es usted bonita, simpática y le garantizo que soy inofensivo, si me trata bien. Y respóndame con la misma coherencia. ¿Quién es usted, Cloti?

Bebió ella una segunda copa, y replicó:

—Tengo veintiséis primaveras. Vivo aquí sola. Invito a artistas de todos calibres. Se supone que soy muy rica en moneda. Me aburro con frecuencia, y hace diez minutos estaba muy aburrida. Tengo por toda familia un tío rondando por alguna parte del sur de Francia.

—Todo su dinero, querida, ¿procede, acaso, de algo llamado Rombo Nocturno?

Cloti Graham se arañó delicadamente la sien, murmurando:

—¡Dios me asista! Procuraré contestar como una niña aplicada a un profesor loco. Mi dinero procede de minas que mis papás me legaron, de las rentas de cinco pisos de esta casa, y de hectáreas de hierba pisada por ganado en alguna parte al norte. Claro que puede ver a mis apoderados para más detalles. Nunca hasta ahora invadió nadie mi ático a las tres de la madrugada, pero trato de acogerle con paciencia. Tengo también una cuadra de caballos de carreras y a veces gano con

ellos. Con el dinero que pierdo, sustento al personal de varias mesas de ruleta. Tengo una casa a treinta millas de aquí, donde me refugio cuando me da la histeria suave. Y un yate veloz que me encanta. ¿Qué es el Rombo Nocturno?

—Sea lo que sea, no es usted.

—Gracias. ¿Y qué le pasa con su perra por el tal Morlake?

—Le busco. Y hasta ahora, para evitar que se aclare cómo desapareció Morlake, han muerto tres hombres. Uno, el último, anoche. La gente que no quiere que sea hallado Morlake, se maravillará si supiese que yo he visitado su ático y si lo supiera adquiriría de pronto un gran interés por usted. Voy a irme, deseándole que por su propio bien, olvide que oyó mencionar un tal Morlake.

—Dice que han muerto tres hombres. ¿Y usted no se llama Gerald, verdad que no?

—No. ¿Tengo que irme por el bordillo?

—Fuera de mi ático hay un ascensor, ¿sabe?

—Gracias y también por el ron. ¿Hacia qué puerta voy?

Señaló ella y cogiendo su mano, Stevens avanzó, hasta que sus labios se fundieron con los femeninos. Ella permaneció primero rígida. Después se adhirió flexible. Por fin, se apartó Stevens, susurrando:

—Adiós y reitero las gracias, Cloti.

Entornando las pestañas, replicó ella dulcemente:

—Váyase al infierno.

—Este es el destino de mi pasaporte, Cloti.

—¿Volverá?

—Lo dudo. Adiós, Cloti.

Bajando por el ascensor, se miró Stevens en el espejo. Además de agradables, los labios de Cloti Graham tenían la ventaja de ser rojos sin necesidad de lápiz.

Un taxi le llevó hasta cincuenta metros de distancia de casa de Alex Krane. En el garaje seguía solo el «Humber» verde. No había regresado aún el «Hillman» gris.

La casa estaba totalmente en silencio, cuando por la ventana penetró de nuevo en su alcoba. Salvo un beso, nada más había sacado de su nocturna escapada.

CAPÍTULO VIII

Pasaban nueve minutos de las nueve de la mañana, cuando aparcó Krane su «Hillman» gris en el patio de la comisaría de policía. Por una serie de corredores llegó a la puerta marcada:

«Inspector Detective Gary Sullavan»

Tocó con los nudillos el cristal empujando. Y entró saludando:

—Hola, Gary. Supuse que estaría usted al pie del cañón.

El irlandés de mediana edad y gruesas cejas, sacudió la ceniza de su pipa, gruñendo:

—Sólo tipos como usted pueden permitirse el lujo de dormir de día, si les apetece. Yo soy un esclavo.

—Alégrese, porque tengo un filón para usted. Me han dicho que Jason Corbett ha vuelto a la ciudad. Uno de mis hombres se enteró por los muelles.

—¿Y dónde estuvo Corbett desde que se perdió de vista?

—Ni idea. Me limito a soplarle el informe. Pero no vine sólo a esto. ¿Puedo echar un vistazo al fichero de huellas?

El inspector Sullavan comunicó por teléfono que el señor Krane tenía libre acceso al archivo de huellas. Ahorquillando, cargó su pipa y dijo:

—Suelte más prendas sobre Jason Corbett.

—No sé nada más por ahora. Pero, ¿le interesa cazar a Corbett, no?

—Lo reclaman en Londres por atraco a mano armada. Me comunicaron que andaba por la ciudad, pero hace ya semanas que el tipo se esfumó. Bien, gracias de todos modos por el soplo, Alex.

En el archivo sustituyó Krane la ficha dactilar de Jason Corbett por la construida por Ferenc con las huellas de Stevens.

Luego, en su coche, quemó la ficha de Corbett.

En el jardín de su casa, encontró a Stevens paseando.

—¿Desayunó ya, amigo?

—Espléndido, ya que la señora Craven cocina deliciosamente.

—Yo... Bien, desayuné en otro sitio —y la sonrisa de Krane era un sabio compendio de Don Juan discreto—. Pasemos a lo suyo. El inspector Sullavan sabe ya dónde se alojará usted. Un hotel indecente, pero encajando con su nueva personalidad, Jason Corbett. Y

compórtese como el matón que se supone es Jason Corbett. Esta noche a las diez, en un bar llamado «Mogador», uno de mis hombres contactará con usted. Un tal Smart Dekowa. Será nuestro enlace. Si tengo que verle telefonearé a su hotel, mencionando sitio y hora. Si quiere verme telefóneee aquí, o déjele mensaje a la señora Craven.

—¿Y suponiendo que hay otros policías buscando a Jason Corbett?

—Sólo el inspector Sullavan está enterado. Y apenas le proporcione una buena noche de cárcel, usted ya podrá circular libremente por toda la ciudad y muelles sin atraer perseguidores, ya que será un lobo más de los muelles y bajos fondos.

—Estupendo. Pero se ha olvidado usted de algo.

Frunció Krane las cejas:

—¿Sí, de qué?

—Me iba a proporcionar un buen petardo, Alex.

—Es cierto, es cierto. Lo olvidé. Esta misma noche se lo llevará Smart Dekowa. Y ahora, múdese, con la ropa nueva que corresponde a Jason Corbett. Chabacana, pero completará su personalidad. Su nuevo hotel es el «Sailor», en calle Cotten.

La calle Cotten era una estridente sucesión de cabarets, bares, tabernas y restoranes baratos. El Hotel Sailor era un edificio leproso de seis pisos, alzándose entre una tienda de prestamista y un cine.

Tras pagar el taxi, Stevens entró en el vestíbulo del «Sailor», dejando su maleta en el suelo. Tras el mostrador, un hombre gordo, sin afeitar, apartó los ojos de la revista que estaba hojeando:

—Una habitación —pidió Stevens.

—Seis por día, cuarenta y dos por semana. Anticipado, claro.

Contó Stevens dinero sobre el mostrador, mientras el gordo masticaba la apagada colilla del puro. Era calvo, con ojillos porcinos. Abrió una libreta:

—¿Nombre?

—Jason Corbett.

Lo inscribió junto a un número, cerró la libreta, y girándose cogió de un estante una llave, la echó sobre el mostrador, y dijo:

—Habitación cuarenta. Tercer piso.

La habitación era cochambrosa. En una esquina una araña tejía pacientemente su tela en torno a una mosca. Mirando por la ventana, decidió Stevens que lo más confortable de la habitación era la escalera de incendios.

Mirándose después al espejo, decretó que él hacía juego con el hotel y la calle, con su pantalón gris y su jersey azul de cuello

enrollado. Bajó para explorar la calle Cotten.

En cada umbral había grupos de muchachas ruidosas. En un bar varios marineros estaban enzarzados en una pelea entusiasta. Entró Stevens en uno donde el tocadiscos permitía a unos oyentes mecerse en suaves bamboleos.

Se acodó al mostrador. Y al instante una muchacha de aspecto bobalicón, se colocó a su lado:

—¿Invitas, precioso? Me llamo Nini.

—Y yo Bibi. Dos «Haig», camarero.

—Diez dólares —anunció el camarero.

Estaba ya escanciando en un vaso. Cogió otra botella para llenar el vaso de Stevens. Este probó lo que contenía el de Nini. Escupió y tiró el resto del vaso al suelo, tras el mostrador.

—Eso es té frío, camarero. ¿Es que tengo cara de canelo?

Nini opinó:

—Eres una rata avara y roñosa. Adiós.

Se fue contoneándose. Preguntó Stevens:

—¿Y ahora qué se debe, Mac?

—Escuche, hermano, si busca camorra, vuelva más tarde. Debe dos.

—¿Por té frío por el suelo y agua con restos de vasos? Uno y vas que escarbas, Mac.

El camarero recogió el dólar, gruñendo:

—Voy a darle un consejo, amigo. Más tarde hay aquí un par de mozos bien alimentados. Arme follón entonces y deme su nombre ahora, para que pueda yo enviarle lirios al hospital.

—Me llamo Jason Corbett y eres simpático, Mac. Abur.

En tres bares más logró presentarse de nuevo como Jason Corbett, un hampón pendenciero. El «Mogador» era un bar con restorán y compatimientos en su primer piso.

Bebiendo un whisky pasable, pensó Stevens que en su profesión los caminos más tortuosos conducían a la meta. Seguía llevando Krane la batuta. Y tenía que esperar acontecimientos.

Krane quería que él fuese Jason Corbett. Era Jason Corbett. Krane quería que se alojase por la calle Cotten. Allí estaba. Quería que a las diez estuviera en el «Mogador». Allí estaba.

Un hombre con aspecto famélico, de hundidos ojos brillantes y espeso cabello negro cepillado hacia atrás vino a sentarse junto a Stevens:

—¿Jason Corbett? —murmuró.

—Ese soy yo.

—Smart Dekowa. Le llevo donde nos espera Alex.

Siguió Stevens a Dekowa, y dos esquinas más allá, señaló Dekowa un coche detenido: era el «Hillman» gris de Krane. Nadie dentro. Siguió adelante Dekowa, pero le alcanzó Stevens:

—Ey, tenía usted que traerme algo.

—Y aquí lo traigo —replicó Dekowa, dando una palmada sobre su solapa izquierda—. Pero hay demasiado mirón a la vista. Allí se lo doy.

Entraron en un callejón. Sólo había tres muros sin puertas ni ventanas.

—Voy a darle su revólver y aquí le dejaré.

Tenso y preparado, asintió Stevens. Smart Dekowa, sacando el revólver, lo colocó empujando el estómago de Stevens:

—Lo quiso y lo tiene, compañero. Final de viaje.

Guy Stevens empujó con la zurda, dio un paso de lado a la derecha, adelantó la diestra, y el resto de la llave defensiva de judo, era ya francamente ofensivo.

Crujió la muñeca de Dekowa al romperse. El revólver cayó al suelo. Aplicó Stevens dos ganchos rápidos. Mientras Dekowa iba a chocar contra un muro, se revolvió Stevens porque oía pasos apresurados.

La matraca silbó un instante, después chocó de refilón con un lado de su cabeza. Se encorvó embistiendo, derribando al que acababa de golpearle, pero había un tercer enemigo.

Y éste pudo asestar el matracazo con entera precisión.

Cuando recobró el sentido, se encontró en pie, gracias a dos pares de manos que lo sostenían, y una voz que le pareció muy lejana le decía al oído:

—¿Me buscaba, capitán Stevens? Me llamo Joe.

Y volvía a repicar una matraca en su cabeza. Volvió Stevens a caer de bruces.

Sentado, palpándose el estómago dolorido por el cabezazo, gruñó Ferenc:

—A tres, y un poco más nos deja secos.

Apartándose del muro, cogiéndose la rota muñeca, avanzó Smart Dekowa. Y alzó un pie dispuesto a aplastarlo sobre la nuca de Stevens.

Le empujó Joe Brodik, recriminando:

—El jefe lo quiere muerto, pero sin marcas. Vete al coche, y tú también, Ferenc.

Se inclinó Brodik pasando un brazo de Stevens en torno a su cuello. Lo alzó llevándole como a un amigo borracho hasta un coche negro, y apenas le dejó caer en el asiento posterior, pisó Ferenc el embrague.

Alex Krane vio pasar el coche negro conducido por Ferenc. Entró en una cabina telefónica, y terminando de marcar el número de la Comisaría Central, se cubrió la boca con un pañuelo. Habló con voz

opaca y gangosa, aunque silabeando:

—Un hampón llamado Jason Corbett acaba de matar a un tipo bajo el puente Doce. Encontrarán a Corbett tras el Hotel Sailor.

—¿Quién es usted, ciudadano? —quiso saber el policía.

—Sólo esto: un ciudadano consciente —y Alex Krane colgó.

CAPÍTULO IX

Iba recobrando Stevens el sentido, cuando el coche negro se aproximó a la esquina de la oscura callejuela a la que daba la fachada, posterior del Hotel Sailor.

—Smart no está en condiciones de ayudarte, Joe —dijo Ferenc, deteniendo el coche—. ¿Voy contigo?

—Espera al volante, con el motor rodando, porque apenas le pegue el tiro, hemos de salir volando.

Joe Brodik sacó a Stevens del coche, arrastrándole cogido del cuello en prieta llave Nelson. Giró la esquina y empujó a Stevens contra un amplio entrante del muro.

Estaban casi bajo el rellano de la escalerilla de incendios que bajaba en segmentos diagonales desde el último piso.

Abofeteó Brodik en reveses, diciendo.

—Despierte, capitán Stevens. Vamos... Fíjese en este revólver. Escupió las dos balas con que liquidé hace poco al camarero Miles. Encontrarán este revólver en su muerta mano. Usted es Jason Corbett y mató a Miles con este revólver. Ya no buscarán al capitán Stevens porque usted es Jason Corbett.

Pestañeó Stevens tratando de enfocar los ojos. Joe Brodik retrocedía alzando el revólver, curvando el índice sobre el gatillo.

Se oyó un crujido en el rellano de la escalerilla de madera y alzó Brodik la mirada súbitamente inquieto. Un bulto le cayó encima. Y el hombre que le derribaba en su salto desde la escalerilla, golpeaba por dos veces el cráneo de Brodik con una matraca. Desde el rellano, una voz femenina preguntaba:

—¿Lo tienes ya, Bart?

—Todo mío. Saltad pronto, que éste puede tener compinches cerca.

Se referían a Joe, pensó Stevens aún medio mareado. Saltaba otro hombre y una muchacha que giró la esquina opuesta a donde estaba el coche negro.

El que había noqueado a Brodik, cogió por un sobaco a Stevens.

El otro le imitó al otro lado. Lo llevaron casi en vilo por el pasadizo lateral entre el hotel y el cine.

Un viejo «Buick» llegó conducido por la muchacha y procedente de la calle Cotten. El hombre que la muchacha había llamado Bart, empujó a Stevens al asiento posterior, sentándose a su lado, mientras

el otro se instalaba junto al volante.

El viejo «Buick» arrancó de nuevo. Y Stevens, sacudiendo la cabeza, dijo:

—No sé quiénes sois, pero de todos modos, gracias.

El llamado Bart replicó:

—No des las gracias tan pronto, compinche —y su puño derecho asestó un certero gancho bajo el mentón de Stevens, que volvió a sumirse en las tinieblas.

El cuarto estaba desprovisto de mobiliario. Una bombilla colgaba del techo. Había cajones de embalaje, viruta, polvo y suciedad por todas partes.

De los tabiques se habían desprendido porciones de yeso, desnudando los ladrillos. Había un ventanillo a ras de suelo.

El único mueble del cuarto era una silla, en la que se sentaba Guy Stevens, con los brazos hacia atrás, porque tenía los codos atados y unidos al respaldo con recia cuerda. Sus piernas estaban libres.

La muchacha estaba sentada en un cajón, fumando un cigarrillo. Su larga melena rubia rozaba los hombros de una blusa rosa, barata. También era barato el tejido brillante de su negra falda.

El hombre que ella había llamado Bart estaba arrodillado mirando al exterior por el ventanuco bajo. El otro desconocido se reclinaba contra una de las paredes.

Pensó Stevens que aquel cuarto debía ser el desván abandonado de un solitario almacén, porque no se oía el menor rumor ni siquiera el de distante tránsito.

La rubia abandonó el cajón y aproximándose, sopló armo al rostro de Stevens. Después, dijo:

—Bart, el bromista, ya está despierto.

Bart abandonó el ventanuco. Hacía saltar una linterna eléctrica en la palma de su diestra. Masculló:

—Hola, bromista.

—Hola —replicó Stevens.

—¿Qué tal te sientes?

—Me encontraría mejor si pudiera fumar.

—Quiere fumar —dijo Bart, mirando a la rubia—. Pues que fume —y cogió de los dedos de la rubia el cigarrillo.

Pasó tras la silla y aplicó el extremo encendido del cigarrillo entre los nudillos medios de la zurda de Stevens. Presionó. Hubo un chirrido de piel quemada y un poco de humo...

Stevens se irguió, crispadas las mandíbulas, y cerrados los ojos, veía chispas.

—¿Qué tal el pitillo, compinche? —preguntaba Bart.

Tardó en contestar Stevens, entre dientes:

—¿Qué ocurre? ¿Sois un trío de locos o qué?

—Yo no estoy loco, ni tampoco Eric ni tampoco Helen. ¿Y tú?

—¿Dónde estamos?

—En el desván de una vieja casa donde nadie vendrá a interrumpirnos. Queremos que nos informes, compinche, y lo conseguiremos. Pero antes tengo que contarte una historia.

—La contaré yo —intervino la rubia Helen.

Estaba a un lado de Stevens, que podía oler el perfume, barato como su ropa. Bart fue a reclinarse en la pared junto a Eric.

—No hace mucho tiempo —empezó a explicar Helen— había un gran hombre llamado Jason Corbett. Vino escapando de Londres y él y yo nos enamoramos. Jason trabajaba aquí por cuenta de alguien, aunque nunca supimos por cuenta de quién. Pero él sabía algo que valía mucho dinero y quiso explotarlo. De salirle bien había veinte mil para nosotros cuatro. Y una noche salió Jason por los veinte mil. Y seguimos esperándole. Hace ya tres semanas.

—¿Y porque hace tres semanas que no veis a Jason, me hincáis un pitillo en la piel?

—¡Cosas peores te esperan si no nos dices dónde podemos encontrar a Jason!

—Hasta ayer ni siquiera sabía yo que existía un tal Jason Corbett.

Bart emitió una carcajada hueca. Pegado al labio inferior, tenía un cigarrillo sin encender, que subía y bajaba con las palabras.

—Jason era un compinche nuestro. Él y Helen Grave estaban emparejados, ¿comprendes? Si aquella noche, hace tres semanas no obtuvo el dinero, es que le falló el plan y alguien se lo cargó. Helen quiere saber quién se lo cargó. Pero si obtuvo el dinero y nos traicionó, nosotros tres queremos saber dónde está Jason. De una forma u otra, tú vas a cantar.

—Como no sea «La Traviata», vais listos —aseguró Stevens—. No sé nada de Jason.

Puntualizó Helen:

—Has estado por la calle Cotten repitiendo que eras Jason Corbett. Te inscribiste en el Hotel Sailor como Jason. El bromista de cuyas zarpas te salvamos te llamaba Jason. Estábamos esperándote en tu cuarto, cuando Bart, que montaba guardia en la escalerilla de incendios, le saltó encima al que te iba a estropear. Y aquí puedes hacer todo el ruido que quieras, que nadie oirá nada. Bien, ¿dónde está Jason, el legítimo Jason?

—Creedme que me gustaría saberlo tanto como a vosotros mismos.

Bart se colocó frente a Stevens, abriendo y cerrando las manos. Después hizo girar un grueso anillo en su anular. Plantó los tacones y empezó a asestar puñetazos al rostro del prisionero.

Stevens intentaba esquivar. Por detrás le cogió Eric por el cabello. Bart le abrió una brecha en el pómulo izquierdo, otra sobre la ceja derecha, y sintió Stevens que la sangre le resbalaba por el interior del cuello del jersey.

Continuó el martilleo, hasta que Eric le soltó el cabello, y Bart retrocedió pasándose el dorso de la mano por la sudorosa frente, preguntando:

—¿Y ahora, qué, compinche? ¿Cantas o no «La Traviata»?

Dejó Stevens de retorcerse en la silla. Tenía los labios agrietados y uno de sus ojos iba cerrándose. Gruñó:

—Estamos perdiendo todos el tiempo.

—Tu turno, Eric —barbotó Bart.

Eric adoptó otro ángulo, y sus puños empezaron a martillear el estómago y costados de Stevens, que a cada golpe trataba de encogerse para amortiguar el impacto.

Quedó colgando hacia delante, y resoplando comentó Eric:

—No seas bestia, hombre. Hablando sales ganando...

Jadeó Stevens:

—¿Me tomáis por idiota? Si supiera algo ya estaría hablando.

—Te hacías llamar Jason. Por lo tanto, tenías que saber algo de Jason. ¿Dónde está Jason?

Avanzó Helen y cogió por el cabello a Stevens obligándole a alzar el rostro. Y de muy cerca, silabeó:

—Tratabas de hacerte pasar por Jason. Sabes, por lo tanto, lo que pasó con el dinero y eso es lo que buscabas. El maldito dinero...

—Si queréis saber lo que le pasó a vuestro Jason Corbett, id a preguntarle a uno llamado Alex Krane y tratar de sonsacar también al resto del Rombo Nocturno.

Respingó Eric. Permaneció Bart boquiabierto. Helen empujó la cabeza de Stevens como si de pronto quemase. Dando unos pasos atrás, dilató los ojos, y preguntó:

—¿Has dicho el Rombo Nocturno?

—Eso dije.

—¿Es que por casualidad tú formas parte de esta banda de bromistas?

Forzó Stevens una sonrisa:

—¿Qué os pareció cuando saltasteis de la escalerilla de incendios?

Bart se rascó la sien:

—Parecía que aquel compinche iba a liquidarte, pero te estaba llamando Jason... y dijo que habías liquidado a un tipo esta noche.

—Liquidé a dos. Soy uno de los componentes del Rombo Nocturno, y os pedirán cuentas...

—No, no nos engañas tan fácil —manifestó Helen—. Jason trabajaba por cuenta del Rombo ese, y era a ellos a quienes les iba a sacar los veinte mil.

Titubeando, indicó Bart:

—Mejor sería dejar este asunto, Helen. No quiero verme mezclado con esta clase de bromistas del Rombo.

—¡No te acobardes ahora! Yo quiero los veinte mil o quiero saber dónde está Jason. ¡Trabájale un poco más!

Suspirando, Bart volvió al trabajo. Martilleando de nuevo hasta que

en un puñetazo complementario de Eric, Stevens cayó de lado con la silla.

En el suelo, le alcanzaron varios puntapiés. Cerró los párpados, virando en blanco las pupilas, y volvió a abrir los párpados.

—Sois unos estúpidos —reprochó Helen—. Ahora tardará en poder hablar.

—Bueno, tenemos que ir a por agua. La necesitamos también nosotros, ¿no, Eric?

—Traedla en un barril.

—Y nos romperemos la boca en la oscuridad, nena —objetó Eric.

Cogiendo la linterna eléctrica les precedió Helen. Por entre las pestañas, vio Stevens cómo abrían la puerta, bajaban peldaños. Plantó los tacones en el suelo, retrocediendo con la silla.

Llegando junto al ventanuco, embistió de espaldas. La silla crujió. Volvió a embestir. Después alargó una pierna, tomó impulso y saltaron los cristales.

La lluvia de cristales le pareció retumbar como un trueno. Oyó abajo pasos corriendo. Asomó el busto por la abertura y el aire nocturno le refrescó.

Varias puntas de cristal le arañaron los brazos. A unos tres metros más abajo, vio un tejadillo inclinado. Se colocó en posición para la zambullida, pero los nervios le fallaron, y retrocedió un poco.

Entonces oyó los pasos crujiendo en la escalera, subiendo. Aspiró aire, y embistió el vacío. Cayó pesadamente sobre la silla, que se destrozó.

Rodando por el tejadillo, quedó sólo prendido de codos a dos barrotes que quedaban de la silla. Se desprendido de barrotes y cuerda.

Arriba gritaban. Aterrizó flexionando las piernas y empezó a correr.

Una de sus piernas sangraba. Estaba sobre un tejado, y a su extremo quedaba a dos pasos de otro tejado.

Abajo hasta el suelo faltaban unos cuatro metros. No estaba en condiciones de intentar aquel salto. Retrocedió y en impulso surcó por el aire los dos metros de distancia que le separaban del otro tejado.

Corrió a un lado. Veía abajo el viejo «Buick», en el patio lleno de hierros, maderos y trapos. Asiéndose a un canalón de agua, se colgó al vacío y saltó.

El viejo «Buick» le pareció un «Rolls» de oro. Rompió de un codazo el cristal lateral, introdujo la mano, abriendo. Estaba la llave en el contacto.

Puso en marcha, con un solo pensamiento. Se iba a desmayar si se paraba a examinarse las heridas.

Embragó y tras recorrer un dédalo de callejuelas portuarias, encontró el bulevar ribereño. Ya podía orientarse.

CAPÍTULO X

En el chalet solitario, formaban un cuarteto poco alegre Sabrina Valli, Alex Krane, Joe Brodik y Ferenc Curneski.

Krane empuñaba en estrujón la pechera de camisa de Brodik, y sacudió:

—¿Quiénes eran? ¿Quiénes eran?

—Así me aspe que no lo sé. Lo tenía tras la fachada posterior del «Sailor» tal como usted me ordenó, donde le iban a encontrar los polizontes. Iba a alojarle un plomo en la cabeza, tal como usted me ordenó. Y entonces de la escalerilla de incendios me cayó encima un condenado tipo.

—¿Dónde está el revólver que empleaste para liquidar a Miles?

Replicó Ferenc:

—Cuando Joe no regresaba de la calleja, fui a ver, y allí estaba Joe en el suelo, sin sentido, por los dos matracazos.

—¿Dónde está el revólver?

—Subí por la escalerilla y lo dejé en el cuarto de Stevens. Ya había dejado Stevens sus huellas en él, porque dentro del coche mientras estaba mareado le cerramos la mano en torno a la culata.

Empujó Krane desdeñoso a Brodik.

—Meteos bien en la cabeza los dos lo que voy a deciros, Stevens vive. Hice que se convirtiera en Jason Corbett, y os hice liquidar a Miles. Stevens tenía que ser hallado muerto y con el revólver que mató a Miles, le hubiesen enterrado como Jason Corbett, mientras Brenan suplantaba a Stevens ante Cora. Y ahora Stevens sigue vivo.

—Pero no irá a la policía —opinó Sabrina—. Le ahorcarían por la muerte de Miles. En su cuarto está el revólver con sus huellas. Se hacía llamar Corbett, se inscribió en el hotel como Corbett, y la policía tiene en su archivo la ficha con sus huellas. Tendrá que esconderse de la policía.

—Pero tenemos que encontrarle, ¿no? —y estrelló Krane contra la pared el vaso en que acababa de beber—. ¡Sólo teníais que liquidar a un hombre! Y es la tercera vez que falláis y lo peor es que ahora Stevens ya sabe quién soy.

—Intentará ver de nuevo a Cora —sugirió Sabrina.

—¡Me ocupo yo de Cora! Tú, Brodik, irás con Ferenc, Viktor, Grant y Collins por la calle Cotten. Propaga que buscas a Corbett, y que hay

dinero para el que te dé noticias de Corbett. Averigua quiénes fueron los amigos del verdadero Corbett. Vigila el hotel, haz lo que sea, pero cuanto antes halla la pista de Stevens. Y... —sonrió Krane en mueca muy desagradable— si vuelves a fallar, seguirás el camino del legítimo Corbett y del camarero Miles.

Los dos se fueron. Bebió de nuevo Krane. Dijo Sabrina:

—No acabo de entender por qué hiciste liquidar a Miles.

—Lee Miles tenía que morir no ya para comprometer al falso Corbett, sino porque Cora podía llevar a Brenan ante Miles, preguntándole si era realmente el hombre que fue a pedirle su dirección en el «Maya».

—¿Has pensado que Stevens puede ir a tu casa?

—Dejo suelto el dogo y está avisada la señora Craven. Dispara ella muy bien.

—¿Y si va al «Maya»?

—Bob se ocuparía de él. Está avisado. Caerá pronto. Está solo, sin amigos, sin dinero. No conoce la ciudad, no puede volver a su hotel, y sin dinero no hay un solo rincón en esta ciudad en que pueda esconderse. Se asomará, y donde sea, hay quien le liquidará. Está moralmente liquidado, sin dinero ni donde ir.

—Te olvidas de los que le rescataron de manos de Brodik.

—He llegado a la conclusión de que eran amigos del verdadero Corbett y apenas se den cuenta que no es Corbett lo abandonarán en cualquier cuneta... o lo liquidarán. Ojalá.

Despertó Cloti Graham ante el persistente zumbido del timbre. Revistiendo el batín, bostezando fue a abrir. Reprimió un grito.

Guy Stevens tocaba el timbre apoyando en él su hombro, y apenas se abrió la puerta al quedar sin el apoyo de la puerta, cayó de bruces sobre la alfombra.

No le reconocía Cloti. Por un instante creyó en una pesadilla. No podía cerrar la puerta. Las largas piernas ensangrentadas se lo impedían. Oyó el murmullo:

—Hola, Cloe. Sólo un par de horas... Cloe.

—¡Usted!... ¡Infiernos!

Dobló Stevens las piernas. Con los tacones empujó la puerta. Se inclinó, ella, diciendo:

—Intente cogerme del cuello, Jerry. Podré llevarle al cuarto de baño.

Alargó Stevens lentamente el brazo, enlazando los hombros femeninos. Apoyó la otra mano en el suelo, tensando los músculos, hasta que, por fin, pudo incorporarse.

En el cuarto de baño se dobló sobre la bañera, dejando caer el chorro sobre su cabeza. Murmuró ella, jadeante:

—Avisaré a un médico.

—No, nada de médicos, Cloe... Me urge más un radiograma a Londres... No deliro, no... Dígale que le necesito. Que coja el primer avión y dele esta dirección... Urge.

—Pero, ¿a quién mando este radiograma, Jerry?

Resbaló lentamente dentro de la bañera, sin cerrar los dos grifos.

Reclinada la nuca en el borde de la bañera, suspiró contento. El agua le revivía. Forzó una sonrisa:

—Buena muchacha. Y empiezo a tenerte cariño, Cloe. Ni chillas ni armas escenas.

—Intento ser la perfecta secretaria del misterioso Jerry —sonrió ella, trémulos los labios.

—Coge papel y lápiz. Urge.

Cerró Stevens los ojos. Pasaron minutos. Ella le tocó en el hombro.

—Papel y lápiz, patrón.

—Lo dictarás por teléfono. Toma nota, Cloe... «Londres. Club Yudoka, 77 calle Lambeth. Chic Garfield. Toma pasaje primer avión enlace terminal Sydney. Stop. Alojamiento preparado 67 D, ático, Prince Albert, Tudor Cap. Abrazos tío Guy»... Por teléfono, Cloe.

Cerró los grifos. El agua le llegaba a los hombros. Se sumergió por

completo. Emergiendo, la oyó terminando de dictar el radiograma por teléfono.

Y reaparecía sacando de un armarito, vendas, gasas, iodina... Dijo:

—Hazme el favor de considerarme una enfermera, tío Guy.

Chorreando, logró él sentarse al borde. Temblaba por la reacción.

Pidió:

—Coñac, ron o cualquier tónico.

Cuando el ron fue calentando su estómago, pudo irse sacando las chorreantes prendas. Quedó en slip. Ella iba restañando sangre con gasas.

En el espejo se veía Stevens el rostro. Ambos ojos negros, uno cerrado. La ceja derecha le colgaba. La brecha del pómulo era ancha. El labio inferior abultaba agrietado. Bajo el mentón una hinchazón azulada.

—Con una lanza parecería un congolés. Por suerte tengo los dientes intactos, y creo que también la planta de los pies. Me cruje algo la nariz, pero nada roto...

Gimió. Acababa ella de presionar un costado. Y dijo:

—Es preciso un médico, tío Guy. Tienes la caja del pan de color azul. Puede que dentro tengas algo roto.

—No puede venir ningún doctor. Avisaría a la policía.

—Claro que lo hará. ¿O no debe?

—Planearon algo de modo que parece que yo he matado a un tal Miles.

—Conozco a un médico que no dirá ni pío. Voy a telefonear. Confía en mí, tío Guy.

—Confío.

La oyó telefonear a un tal doctor Drayton. Bebió directo al gollete del frasco de ron. Regresó ella:

—Nils Drayton está en camino. ¿Cómo voy a llamarte? ¿Gerald?

—Gerald Storm.

—¿Quién te puso tan feo?

—Un trío que volveré a encontrar. Se llaman Bart, Eric y Helen. Gentecilla de puerto... Pero ahora no puedo ver muy claro...

Lo siguiente que Stevens comprendió es que estaba extendido en una cama y sentada junto a la cabecera decía ella:

—Tienes que decidirte. Si no confías en mí plenamente, es que eres menos inteligente de lo que me pareciste en nuestro primer encuentro. Desde entonces me he hinchado de pensar en ti. Si has venido aquí es porque no tienes dónde ir, y debes estar en situación desesperada para acudir a una casi desconocida hallándote en tal estado. Dime quién eres.

—Me llamo Stevens. Guy Stevens. Trabajo en la Cuarta Sección del contraespionaje inglés. Vine a Australia para hallar la pista de Lars

Morlake, y empezó el Rombo Nocturno a funcionar apenas llegué al aeródromo.

Fue contándolo todo, brevemente. El timbre sonó cuando estaba explicando su hallazgo de la extraña carta de Morlake.

Fue ella a abrir, y oyó vagamente Stevens una voz masculina, diciendo:

—Veamos, Cloti, ¿qué nuevo jaleo te divierte ahora?

—Es cosa seria, Nils. Y por lo que más quieras, ha de ser un secreto.

—Por ti, soy capaz de muchas tonterías, Cloti.

Entró en la alcoba el doctor Nils Drayton. Alto, rubio, de unos treinta y cinco años, con figura de atleta escandinavo. Dejó el maletín en la mesita, y empezó a palpar el rostro de Stevens.

—Me llamo Drayton. Basta que la señorita Graham quiera que esto sea un secreto, para que ya lo sea. Para los tres, naturalmente. ¿Le dieron con manilla de hierro, amigo?

—Un anillo con sello cuadrado.

—¿Le silban los oídos?

—Un verdadero «Concierto de Varsovia» complementado con «Las Walkyrias» a todo bombo —replicó Stevens.

—Me agradan los tumefactos con buen humor melómano. Trae café, Cloti.

Abría el maletín, tintinearón los instrumentos, y se inclinó de nuevo:

—¿Hace tiempo que conoce a Cloti?

—Nos conocimos hace dos años en Londres.

Hurgó Drayton en el pómulo, contestando:

—Hace dos años Cloti no estaba en Londres. Tiene usted huellas en las muñecas y codos. Estuvo atado. No fue una pelea. Le han quemado entre los nudillos. Cloti es una gran amiga mía. Me dijo que usted se llama Storm.

—Gerald Storm.

Seguía manipulando el doctor. Después enfiló «catgut» en una aguja.

—Sí, Cloti es una gran amiga. Estuvimos a punto de casarnos. Ella no se decidió. Le va a doler, Storm. Pondré un poco de novocaína.

Injectó. Era un hombre eficiente, pensó Stevens. Muy eficiente.

—Le quedará una cicatriz en el pómulo. Cloti tiene un gran corazón. Y hubo un par de listos que la creyeron tonta. No lo es. Recuerdo que a ese par de listos, tuve que intervenirlos quirúrgicamente. Sí, después de romperles algunos huesos, señor Storm. ¿Estará largo tiempo en Sydney?

—No. A lo más un par de semanas.

Iba aplicando apósitos.

—Hemos acabado con la cara. Veamos ahora piernas y brazos. Aquí

ha tenido suerte. Un poco más hondo y se corta la vena. ¿Cuchillo?

—Cristal.

—Requerirá unos diez puntos de sutura. Vamos a por el primero. Puede morder la almohada, Storm.

—¡Ey! ¿Con qué cose? ¿Con aguja para sacos de marinero?

—Sus músculos están tensos, Storm. Si intenta caminar antes de tres o cuatro días, se le abrirá de nuevo esta brecha. ¿Compromete su presencia aquí a Cloti?

—Escucha, Nils, yo...

—Te callas —silabeó Stevens—. Tiene usted razón, amigo doctor. Estoy viendo las estrellas, y creo que bebí demasiado ron... Pero al caso. Si creyera que mi presencia aquí puede perjudicar a la señorita Graham, saldría aunque fuera arrastrándome por las paredes. No es fanfarronada, Drayton. Estoy tan acostumbrado a viajar por túneles erizados de gente sin conciencia, que cuando topo con una mujer de buen corazón, pienso que es necesario evitarle cualquier penita por leve que sea. Tanto más, evitarle peligros. Si percibiese el menor síntoma de peligro para la señorita Graham, sabré evitarlo.

—Lo creo y me basta, Storm. Ahora tiéndase boca abajo. Así, gracias. Hay un rasguño largo en su espalda. Poca cosa, comparada con el resto. Tiene usted una constitución a prueba de choques, amigo. Y ahora sal de aquí, Cloti. Cuestión de minutos, y pudor. Gracias. Boca arriba, Storm. Así. Bien, bien. Internamente nada, o se habría quejado. Tendré ahora que darle dos puntos de sutura en el labio. No dolerá ya.

—Claro, como que el labio es el mío, doctor.

—La novocaína, hombre. En la guía está mi número. Si percibe síntomas de peligro para nuestra común amiga, avíseme. ¿Vomitó sangre?

—No.

—Mañana le empezarán los dolores. Mejor dicho, hoy. Le daré a Cloti instrucciones para que le inyecte calmantes locales. No podrá moverse en cuatro días. Al sexto día estará en condiciones de caminar por su cuenta. Mi obligación es telefonear a la policía. Pero, claro, un hombre enamorado es un imbécil... a gusto. No puedo casarme con ella, pero entre nosotros, Storm... Si le pasa algo a ella, todo lo que ahora estoy recomponiendo intentaré descomponérselo. Sin fanfarronada.

—Me resulta simpático, doc, y va de veras. Y creo... que voy a dormirme...

—Sí, se va a dormir.

—Entonces... como sea, que... ella me traslade a otro sitio... mientras yo duerma... Llámela.

—Estoy aquí, tío Guy.

—Había una carta... mencionaba tu dirección... puede que ellos...

lo supieran..., aunque creo que no... Pero mejor mientras duerma... otro sitio...

—Te hablé de una casa a treinta millas, playera y tranquila. Iremos allá. ¿Puede ser transportado, Nils?

—Puede, ya que dispones de un «Cadillac» que es una nave flotante. Y es lo mejor, Cloti. Te acompañaré hasta dejarle bien colocado. Ignoro quién es tu nuevo conocido. Ha sido torturado, y me inspira la idea de que debe ser un aventurero, pero dijo la verdad Él no quiere causarte el menor perjuicio. Aunque viniera a verte estando hecho una cataplasma.

Un «Cadillac» muy confortable trasladó al durmiente vendado y cosido.

Y durante tres días seguidos, alternó Cloti Graham inyectables calmantes con alimento líquido por un tubo de cristal. Guy Stevens vivía en el mejor de los mundos. Dormía sin pesadillas.

CAPÍTULO XI

Alex Krane y Cross Brenan se sentaron en un palco del «Maya». Recomendó Krane:

—Y ahora talento, Cross. Ella tiene que quedar convencida.

Cora Bryce entró en el palco, y ambos se levantaron. Presentó Krane una silla:

—Ya era hora que te dejases ver, Alex —y miró Cora con curiosidad a Cross Brenan.

—Ya le conoces, Cora.

—No, pues no...

—Es imposible que le hayas olvidado tan pronto.

—Entonces es que estoy despistada.

—No está despistada, querida —sonrió Brenan—. ¿No se acuerda, Alex, que en mi única visita a la señorita Bryce, la alcoba estaba en tinieblas?

Respingó Cora, y sonriente admitió Krane:

—Es cierto. Bien, te presento a tu capitán Stevens, vestido normalmente.

—¿El... es Stevens?

—Lamento que la otra noche fuera todo tan precipitado —declaró Brenan con su mejor sonrisa de actor—. Pero no cabía otra cosa con los contornos inundados por pistoleros. De todos modos, envié veinte dólares al lechero. ¿Le satisface, señorita Bryce?

—Hace cuatro noches me llamaba usted solamente «Cora».

—Sería por la alcoba —rió Brenan—. Pero pasemos a lo importante, Cora. Hemos logrado averiguar que Morlake hizo todo lo posible para desaparecer por su propia voluntad.

—No es lo que creen en Londres.

—Porque está en Londres el muy taimado de coronel. Hemos averiguado —y recitaba bien su papel— que Morlake tenía dos pasaportes. Y hace seis días estaba en Singapur. Aquí no permaneció más que dos días. Sabemos en qué avión se fue, y el nombre que emplea en su otro pasaporte.

—Pero si es así, ¿entonces quiénes eran los dos que le esperaban a usted en el aeródromo, Stevens?

—Interrumpo —atajó Krane—. Aquí no es el sitio apropiado para que discutáis temas de esta índole. No puedo ir con vosotros. Pero

Stevens te acompañará a tu piso, ¿no es así, viejo?

—Encantado.

En pie indicó ella:

—¿Quiere esperarme abajo, Stevens? Quisiera hablar con Alex.

—No faltaría más. Abajo estoy.

A solas con Krane preguntó ella:

—¿Estás seguro de que este hombre no es un impostor, Alex?

—Completamente seguro. Es el que acudió a mi casa, media hora después de que muriera Diógenes. Me esperaba y me relató detalladamente sus pasos desde que salió del avión. Sabía mi dirección porque se la diste tú. Puedes examinar sus documentos, preguntarle lo que sea, y te acabarás de convencer. Desde entonces ha estado viviendo bajo mi techo, durante cinco días.

—No sé, pero por instinto, en un principio me pareció un impostor.

—No lo es. Sé el terreno que piso, pequeña. Vendré a verte después.

En el ático, Guy Stevens caminaba lentamente, ejercitando la pierna aún entumecida. Opinó:

—No tardaré en estar como nuevo, Cloe. Los baños de sol fueron una delicia saludable. Y Chic Garfield llega esta noche. Todo perfecto.

—¿Qué aspecto tiene?

—Bajo, pero muy ancho. Mi único amigo.

—Debe serlo para acudir de tan lejos apenas le llamas. ¿Tanto confías en él?

—Es una perla.

—¿Peleando?

Rió Stevens. Ya podía hacerlo sin que le doliera el rostro:

—Le encantan los chiquillos, va a misa cada domingo y es muy obediente con su tiránica tía Hildegard. Pero deseo que nunca tengas ocasión de ver a Chic funcionando. Es un animal estupendo.

—¿Por qué te llama tío Guy?

—Sólo en mensajes.

Murmuró ella:

—¿Sabes que nunca ningún hombre estuvo en mi casa playera, Guy?

—¿Sabes que nunca me había enamorado? Todo llega en este mundo.

En el piso de Cora Bryce, Cross Brenan actuó excelentemente.

—La prolongada ausencia de Alex se debió a que estuvimos muy atareados, Cora. Era difícil hallar rastro de Morlake. Supimos que estuvo en un hotel, donde efectuó algunas transformaciones en su aspecto, para encajar con uno y otro pasaporte a nombre de Simpson, con el que voló hacia Singapur, quedándose allí. Tengo que esperar más detalles que me conseguirá Alex, y entonces volaré a Singapur para seguir sobre la pista de Morlake. Comuníquelo así al coronel.

—¿Cuándo se irá, Stevens?

—Posiblemente dentro de un par de días. Pero seguiremos en contacto, Cora.

Cross Brenan fue a la casa de Krane, mientras éste en el piso de Cora, se aseguraba de que Cora Bryce estaba plenamente convencida de que el capitán Stevens seguiría la pista de Morlake, en Singapur, apenas consiguiera más detalles a través del eficiente servicio particular organizado por Alex Krane.

Besando, pensó Krane que no hay nada más crédulo que una mujer enamorada.

Chic Garfield salió del enorme vestíbulo del aeródromo a las diez y media de la noche. Llevaba un maletín. Vestía chaqueta parda, pantalón gris, y parte de sus rizosos cabellos rojizos le caían sobre la frente. En la diestra llevaba una boina parda.

Era de poca estatura, pero de anchísimas espaldas. La nariz chata le daba aspecto de boxeador muy satisfecho de vivir. Permaneció en la galería contemplando la hilera de taxis.

Un «Cadillac» se detuvo al borde de la acera. Una morena ondeó la mano. Se aproximó Garfield, poniendo el pie en el estribo. Atrás, dijo Stevens:

—Hola, Chic.

Chic Garfield entró como una tromba, y sentándose rió.

—Hola, mi capitán. Noto en su rostro huellas de discusiones. Celebro verle.

—Chic, la señorita del volante es Cloti Graham, mi ángel de la guarda.

—¿Qué tal?

Conduciendo sonrió ella:

—¿Por qué lleva la boina en la mano, Chic?

Chic Garfield dio un toquecito con la boina en la cabeza de Cloti, que murmuró:

—¡Córcholis! ¡Esta boina es de hierro!

—No —sonrió Stevens—. Será un amuleto.

Extendió Garfield la boina, sacando del forro un revólver. Dijo:

—Sólo para que me traiga suerte. Otros llevan una herradura. Bien, mi capitán ¿cuál es la primera maniobra?

—Ahora te contaré el primer paso.

Como las demás noches, salvo la que le acompañó Brennan, Cora Bryce salió del «Maya» escoltada por los dos pistoleros de Bob Lane: los hermanos Grant y Rolf Lorenz.

Un taxi les llevó hasta la casa. Miró Rolf el indicador del ascensor. Señalaba que bajaba del piso quinto. Grant encendió un cigarrillo.

El ascensor se detuvo y desde dentro su puerta se abrió. Guy Stevens al fondo del ascensor, encañonaba con una «Savage», diciendo:

—¿Qué tal sigue Alex, muchachos?

Rolf colocó la zurda en la espalda de Cora y la empujó hacia

Stevens, quien dio un paso de lado y salió del ascensor, mientras Grant sacaba su revólver.

Lo soltó porque desde la escalera Chic Garfield acababa de lanzar su primer cuchillo, que atravesó limpiamente el antebrazo de Grant Lorenz. El silenciador de Rolf Lorenz se inmovilizó antes de hallarse en posición de disparar. El silenciador de Stevens tosió a tiempo. La bala taladró la frente de Rolf Lorenz.

Grant Lorenz, tanteando el suelo, recogía con la zurda su revólver...

El segundo cuchillo de Garfield atravesó el corazón de Grant. Y cogiendo por los cuellos de las americanas a los dos Lorenz se los llevaba a rastras hacia la calle.

Guy Stevens, enfundando entre pantalón y camisa, alargando la mano asiendo a Cora por la diestra y atrayendo:

—No podemos quedarnos por aquí, querida. ¿No me recuerda?

Ella, caminando porque la atraía por la diestra Stevens, sólo pudo denegar repetidamente con la cabeza.

—Sí, querida. Soy el que una noche oscura en su alcoba le habló de Cabello de Plata y del cuadro con la vendedora de naranjas.

Chic Garfield estaba ya al volante de una furgoneta alquilada. Bajó, pasando atrás. Sentóse Stevens ante el volante, al quedar Cora sentada a su lado. Y susurró ella al arrancar el coche:

—Grant y Rolf Lorenz... han muerto...

—Para que nosotros podamos seguir viviendo, querida. Vaya calmándose. Le repetiré palabra por palabra lo que le dije aquella noche más o menos.

—No es preciso. Ya sé que es usted Stevens. Pero Alex me presentó a otro como si fuese usted... No estaba cierta, y tenía miedo. Siempre estaban los dos Lorenz vigilándome, día y noche.

—Para ello, ¿qué explicación dio Alex?

—Dijo que eran dos de su organización, para evitar que los que intentaron matarle a usted aquella noche, lo intentaran conmigo. Y que había un hombre llamado Corbett que podría venir a matarme...

—Yo era el Corbett que fraguó también Alex.

—Estaba segura de que no podía ser usted el que fingía ser Stevens... Pero por miedo disimulé. Reside en casa de Krane. Dicen que Morlake está en Singapur y que él irá un día de éstos a seguir la pista.

—A partir de ahora, mientras no sea liquidado el Rombo Nocturno, tendrá que perderse de vista, Cora. Porque Krane intentará acabar con usted.

Emitió ella una carcajada llorosa:

—Y yo que le quería, que confiaba tanto en él... Estaba loca por él.

—El tiempo apremia, Cora. ¿Calmada?

—Yo que hubiera dado la vida por él...

—Hemos perdido otros segundos. ¿Calmada?

—Por favor, unos segundos más, capitán Stevens —y se secó ella los ojos con el pañuelo—. ¿Qué debo hacer ahora, capitán Stevens?

—Usted es preciosa. ¿Mi substituto intentó conquistarla?

—Se insinuó, pero no hice caso.

—Ahora nos conviene que le haga caso. Esta misma noche. Escuche...

CAPÍTULO XII

Alex Krane dijo:

—Mañana por la tarde, volarás hacia Singapur, Cross.

—¿Terminaste las negociaciones para el traspaso de Morlake? —rió Brenan.

—Falta sólo la última puja. Los japoneses dan más que los otros. Bien, voy a casa de Sabrina. Hasta mañana, Cross.

En realidad la madrugada estaba avanzada.

Cross Brenan oyó música, leyó revistas, y al cuarto whisky acudió al teléfono. Una voz femenina dijo:

—Por favor, el capitán Stevens.

—Yo mismo. ¿Es usted, Cora?

—Estoy muy aburrida, desde que Alex parece olvidarse de que existo.

—¡Caramba! Eso tiene arreglo. Aquí estoy yo.

—Entonces, ¿quiere que vaya a hacerle un poco de compañía?

—¡Oh, no, caray, no!... Perdone, preciosa... Prefiero no tener motivos de fricción con Alex. Podríamos vernos ahora mismo... en cualquier sitio tranquilo.

—Conozco una playita deliciosa. Está la noche tibia, y podríamos nadar un poco. Puedo recogerle en un taxi.

—¡Ya mismo, mi vida! Escuche, iré a pie hasta el cruce con el bulevar ribereño, y por si acaso bajaré hasta la primera vuelta del sendero que conduce a la rada. ¿De acuerdo, ricura?

—Tardo diez minutos.

Colgó Brenan complacido. Le gustaba Cora, y además sería delicioso engañar a Alex, el insolente Don Juan.

Conduciendo la furgoneta, dijo Stevens:

—Apenas me ocupe del impostor, usted regresa al hotel, y de allí no sale hasta que yo se lo comunique.

Cross Brenan estaba bajando el sendero. Inquirió Stevens:

—¿Es el pichón?

—Es él.

Detuvo Stevens, y bajó ella del coche llamando:

—¡Capitán Stevens!

Cross Brenan, dando media vuelta, retrocedió.

—Pero, mi vida, yo creí que ibas a coger un taxi.

Se apartó ella del guardabarro. Contornearon el radiador por cada lado, Stevens y Garfield. Este cogió por el codo a Brenan, diciendo:

—De todos modos, el viaje le resultará gratis.

Forcejeó Brenan, y aplicó Garfield un golpe de canto con la zurda en su oreja. Dobló con un gancho al estómago, diciendo:

—El capitán Stevens le tiene hincha. Yo también. Conque sea bueno.

Le empujó al asiento delantero, después de cacheado. Se alejaba Cora hacia su hotel, llamando un taxi.

Condujo Stevens hacia el callejón que había elegido. Bajaba entre una doble hilera de solares. Apagó los faros, al detener. Por la ventana comunicando con el asiento delantero, Chic Garfield iba afilando un cuchillo en el respaldo, junto al cuello de Brenan.

Colocándose como Garfield de lado, dijo Stevens:

—Tenemos prisa, querido. ¿Se llama usted?

Cross Brenan emitió rumores roncós, Chic Garfield aplicó la hoja del cuchillo a plano en su mejilla:

—Tome nota de que esto es un vulgar cuchillo, pero un artista como yo hace filigranas. Hace semanas que no veo sangre, y me encuentro a faltar algo. ¿De qué grupo sanguíneo eres? Si es el «B»...

—No pinches, Chic. A lo mejor se acuerda ya de cómo se llama.

—¡Cross Brenan!

—Tanto gusto, Brenan. Empecemos por el principio. Lo dices hablando, o te lo saca Chic a pinchazos. Preparado, Chic, por si...

—¡Yo soy un actor! Me llamó Krane para ofrecirme desempeñar el papel del capitán Stevens. Lo hice, y nada más. Lo juro. Nada más.

—Salvo que llevabas mis documentos, vivías en casa de Krane, y tenías que volar rumbo a Singapur con mi documentación para que Cora lo comunicase al coronel. ¿Nada más?

—Juro que no sé nada más.

—De momento cómplice en varios asesinatos. Cuando el Rombo se entere que ha estado conmigo le liquida. Y si no habla claro ahora, yo le liquido.

—Usted... no puede matar así... a sangre fría...

—No, a sangre fría no —aseguró Chic Garfield—. A sangre fría. ¿Empiezo, mi capitán?

—¡Escuchen!... Si hablo me matarán los del Rombo.

—Depende si queda alguno del Rombo, cuando entremos en acción.

—Me matarán como hicieron con Corbett... Lo encerraron en un sótano con el dogo. Corbett estaba atado... El dogo lo descuartizó.

Dio Stevens un suave revés contra el rostro de Brenan:

—No se ponga histérico, hombre. No forma usted parte de una banda vulgar, sino de un grupo que si llega a su meta, pondrá en peligro muchas vidas, según a quien vaya a parar Morlake. Hable, Brenan.

—Ellos no me dijeron detalles...

—¿Quiénes son ellos?

—Krane y Sabrina.

—Estos sí los conozco. ¿Qué hicieron con Morlake?

—No lo sé. No está en casa de Krane ni en el chalet de Sabrina..., que era donde estaba Morlake, en el sótano, hasta que llegué yo. Sé que está vivo, porque mañana... Hoy, a media tarde, Krane cerrará el trato, creo que con una organización japonesa para entregarles a Morlake.

—Parece sincero, ¿no, Chic?

—Parece —gruñó Garfield, que continuaba manteniendo el cuchillo enhiesto cerca del perfil de Brenan.

—Hable del Rombo. ¿Dónde elige Krane los pistoleros?

—Son huidos con historial. Yugoeslavos como Joe Brodik, húngaros como los Lorenz... Gente que allá cometió barbaridades. Les consiguió identidades nuevas.

—¿Quién es Joe Brodik?

—El jefe de los ejecutores.

—¿Qué son?

—Los dos Lorenz, Viktor, Ferenc, Collins y Dekowa.

—¿Jefes?

—Krane, Sabrina y Robert Lane, el dueño del «Maya».

—¿Quién de todos ellos sabe dónde está secuestrado Morlake?

—Krane, Sabrina y posiblemente Brodik. Tal vez también Ferenc, el chófer y fotógrafo.

—¿Por qué mataron a Corbett?

—Averiguó que habían secuestrado a Morlake y quiso hacer chantaje.

—¿Qué cree Krane que me pasó?

—Cree que le mataron los amigos de Corbett.

—¿Qué tenías que hacer en Singapur?

—Alojarme en el «Raíles» con su identidad. Tomar pasaje en un barco fluvial remontando hacia el Norte. Y desaparecer como Guy Stevens, en el curso del río.

—Para volver aquí como Cross Brenan y cobrar. ¿Cuánto?

—Cinco mil. Y ahora ya he dicho cuanto sé. Si me dejan libre, puedo coger el primer avión...

Bajó Stevens la cabeza. Bajó Garfield la mano, y la empuñadura del cuchillo chocó en el cráneo de Cross Brenan.

Atado concienzudamente, y amordazado, pasó Cross Brenan a hacer compañía en el compartimiento de la furgoneta a los dos cadáveres.

—¿Y ahora, capitán? —quiso saber Garfield, sentándose junto al volante.

—Iremos a la calle Cotten. Ofrece diez pavos al camarero que te dé la dirección de una raposilla llamada Helen Reeves.

—Diré que ansió verla porque me tiene loquito. Con diez pavos y poniendo los ojos en blanco en seguida me informan, porque tengo cara de romántico.

La escalera tenía peldaños crujientes, rellanos escasamente iluminados. Subían y bajaban parejas. Al fondo del corredor izquierdo del tercer piso, estaba la puerta número 8, B. Llamó en ella Stevens.

Hubo movimiento en el interior, y el peculiar rumor de chancletas. Una voz femenina preguntaba:

—¿Quién es?

—Bart —susurró Stevens.

Una cadenilla tintineó mientras giraba la llave. La puerta se entreabrió mientras Helen Reeves decía:

—Has ido más de prisa de lo que... —e irguiéndose trató ella de cerrar la puerta.

Pero Stevens entró, y Garfield con la espalda cerró la puerta.

—¿Qué tal, Helen? —saludó Stevens entre dientes.

Lucía un pijama a rayas bastante sucio. Retrocedió hacia la cama deshecha, gimiendo:

—No, no. Llamaré a la policía.

—Mejor a los bomberos, joven —sugirió Garfield.

Se desplomó ella más que sentarse en la cama. Dijo Stevens:

—Hemos supuesto que estarías en casa al comunicárenos que a media tarde habías pillado una tremenda cogorza.

Sin maquillar, enrojecidos los ojos, pringoso el cabello, no quedaba Helen muy vistosa. Añadió Stevens:

—No soy rencoroso...

—¡Fueron Bart y Eric!... Y yo tenía que ir con ellos esta tarde, pero no pude porque... bebí demasiado.

—De momento olvidemos a tu par de compinches, querida. Aquella noche me hicisteis pupa porque queríais saber dónde estaba Jason Corbett. Y aquella noche yo no lo sabía. Ahora sí.

Hubo síntomas de vitalidad en ella al adelantar el rostro:

—¿Dónde está?

—Primero aclaremos que ni soy del Rombo ni policía. Simplemente me meto en averiguaciones por si puedo sacar algo en limpio. No soy rencoroso, pero aquella noche, cuando Bart y Eric querían abandonar, tú les animabas... ¿Qué edad tienes? ¿Veintisiete, veintiocho? Si te denunciase a la policía, cuando salieras estarías vieja, y Jason ya no te haría caso. ¿Y sabes lo que estaría haciendo Jason mientras tú contases diez tacos de calendario en presidio?

—¿Dónde está Jason?

—En un chalet de la Ribera Norte, con piscina tres coches, un yate y una tigresa espléndida. Tomando baños de sol, y dándose la gran vida mientras tú te arriesgabas a cumplir diez años de presidio por secuestro, y por querer saber dónde estaba Jason.

Acodada en sus rodillas, se mesó ella el cabello, cabeza gacha, y replicó:

—La noche en que yo le esperaba, llovía —resbalaban lágrimas por sus mejillas—. Dijo que a las ocho de la noche se reuniría conmigo, trayendo el dinero. Esperé bajo la lluvia hasta el amanecer. Y nunca volvió.

Suavemente empujó Stevens la barbilla de Helen, alzándole el rostro:

—¿Me darías informes si yo te dijese dónde está Jason Corbett?

—Lo que sea.

—Jason trabajaba por cuenta del Rombo Nocturno. Tenían un hombre secuestrado y Jason sabía dónde. Intentó hacer chantaje. Si me dices dónde puedo encontrar a ese hombre...

—Jason me dijo que lo trasladarían a una casa de la Ribera Sur.

—¿Dónde?

—Una vez Jason condujo un coche hasta esta casa. Está a cuarenta millas, pasado Lyons Cap. Aislada. Junto a la playa. Me dijo que tenía un torreón a cada lado del umbral de la alameda dando entrada al parque en torno a la casa.

—Bastará —opinó Stevens—. Bien por lo que se refiere a Jason te mentí...

—Lo sabía, porque Jason no iría con ninguna otra mujer. Quería el dinero para que nos fuésemos a una isla en que se vive barato...

Cogió Stevens de encima de una mesita un frasco, escanciando una copa.

—Bebe, Helen. Te hará falta.

Bebió ella con manos trémulas, y dejando caer la copa, murmuró:

—No está con Sabrina en el chalet. Lo han comprobado Eric y Bart. ¿Murió, verdad?

—Sí, Helen. Jason está muerto... Hace ya semanas, casi un mes.

—Quisiera saber cómo murió... —hablaba ella oculto el rostro.

—Es mejor que lo ignores siempre, pequeña —murmuró Stevens,

compadecido.

Intentaba recordar la paliza recibida, pero predominaba en él la compasión por aquella zorrilla llorando por un chantajista que había sido descuartizado por un dogo.

—¿Dónde están Bart y Eric?

—Creo que rondan la casa de la Ribera Sur... Intentarán chantaje...

Y poniéndose en pie, juntó ella las manos suplicantes:

—Tengo que saberlo. ¿Cómo murió Jason?

Señaló Stevens la puerta, y abriendo salió fuera Garfield. Murmuró:

—Mejor que no sepas, pequeña...

—Si usted quiere a una mujer, por amor de ella, de rodillas se lo suplico... ¿Cómo murió Jason?

—Lo ataron, metiéndole en un sótano con un dogo. Vamos, vamos, pequeña... No hay dolor que mate. Algún día encontrarás otro Jason... Adiós...

Conduciendo la furgoneta hacia el sur, dispuso Stevens:

—Aparcaremos a media milla de la casa. Tú rondando, sin entrar, salvo que yo dispare.

—¿Y si disparan los otros?

—Entras. Pero no antes.

Faltaba una hora para amanecer, cuando Stevens iba bajando por la ladera cubierta de pinos hacia la tapia que circundaba el parque. Veía perfilarse los dos torreones de la verja de entrada.

Dentro de la casa, en cualquier sitio estaba Lars Morlake. Susurraba la pinocha bajo sus pies, y rumoreaba la resaca del mar.

Escaló la tapia, descolgándole al otro lado. Un parque tupido, con pequeñas almenas. Pisó parterres, porque la grava de las alamedas hubiera crujido. Avanzaba encañonando las tinieblas.

Y de pronto una sombra negra saltó, y unos dientes agudos se clavaron en su muñeca derecha, obligándole a abrir la mano y dejar caer el revólver. El experto Guy Stevens se había olvidado del dogo.

CAPÍTULO XIII

Joe Brodik y Ferenc lo empujaron y cayó de bruces sobre la alfombra del vasto salón. Alex Krane dijo:

—No se preocupe por su brazo mordido, capitán Stevens, porque no vivirá lo bastante para que se le infecte. ¿Quién vino con usted?

Incorporándose examinó Stevens la situación: Brodik encañonándole, Ferenc con un cuchillo, Viktor con otro revólver, un desconocido que debía ser Collins fumando, con la diestra en el bolsillo... Todos en cerco.

Sabrina vestía un pijama blanco. Krane iba en batín.

Dio un paso Stevens. El dogo arqueó el lomo, gruñendo:

—Nunca le resultó usted simpático al dogo. Quieto, «Nerón»...!

—Vino solo —aseguró Sabrina—. Esta es la ventaja de que sea un agente de calidad superior. Tanto le dará morir aquí como morir a media tarde, capitán Stevens.

—Usted manda, señora.

—A media tarde, habremos terminado este gran negocio, entregando a Morlake a cambio de una cantidad convincente —explicó Krane—. No quiero saber cómo pudo llegar hasta aquí. No me interesa de momento. ¡Collins, tú y Viktor a vigilar por fuera!

Salieron los dos nombrados. Señaló Krane un rincón:

—Allí, a ras del suelo, hay una compuerta. La alzará usted, Stevens, y a media tarde lo sacaremos. A menos que ahora mismo...

Guy Stevens se dirigió al sitio señalado. Vio la argolla que servía para alzar la losa. Si se negaba, le mataban al instante. Se inclinó alzando la pesada losa.

Dos extensibles laterales sostuvieron la losa en ángulo recto. Había unos peldaños. Desde atrás le empujó Krane con el pie:

—Hasta pronto, capitán.

Rodó Stevens los peldaños. La losa volvió a encajarse. En la oscuridad, Guy Stevens se incorporó palpándose. Nada roto. Le dolía la muñeca, pero era pasable... Oyó deslizarse algo. Se irguió, pensando en el dogo.

Preguntó:

—¿Lars Morlake?

—Sí. ¿Y usted quién es?

—Me llamo Stevens. Me ha costado horrores dar con usted. ¿Qué

tal, profesor Morlake? Si sobrevivimos unas horas más, es posible que nos quede vida por delante.

—Oí el gruñido del dogo. Esta gente no es humana. ¿Es usted de la policía?

—No del todo. Una pregunta, profesor: si ellos se vieran sitiados, ¿le matarían?

El profesor Morlake rió suavemente:

—Oh, no, soy un botín de mucho precio, dicen ellos.

Palpaba Stevens los muros del sótano. Comentó Morlake:

—Pierde el tiempo. He estudiado ya cada pulgada de este cubil. Hace ya seis veces veinticuatro horas que estoy aquí. Y según me dijo ella, faltan escasamente diez horas para que me trasladen a otros custodios, al parecer unos orientales que desean instalarme en un espléndido laboratorio.

—Eso parece. ¿Le gusta la idea?

—He intentado matarme, pero cada vez ella me ha cuidado con mucho mimo. Ella me escribió a Londres diciendo que deseaba verme, y acepté. Me dio ella por correo una dirección, que recogí en la escala de Singapur. Llegando a Sydney fui a la dirección señalada, pero abajo me esperaba un individuo con una cicatriz y un revólver.

—El mismo que me esperaba a mí. ¿Qué más, profesor?

—Me condujeron al chalet de ella en la Ribera Norte. Naturalmente, yo no la conocía a ella bajo los nombres de Sabrina Valli. Después me trasladaron a este cubil. Y aquí estoy.

—No acabo de comprender, profesor. Yo recuperé la carta que usted se dirigió a Lista. En ella decía usted que se encontraba en peligro...

—Sabrina. Verá, mi estimado compañero, yo conocía a Sabrina hace ya muchos años, más de los que puedo recordar. Ella había nacido en Estambul, en una pocilga. Hace quince años triunfó en Berlín como bailarina. Y durante siete años fue agente alemana. En la postguerra la buscaron los aliados, para ahorcarla. Alex Krane le facilitó el llegar a Australia con una identidad nueva. Yo sabía que ella estaba en Sydney, y al venir supuse que si ella se imaginaba que yo podía delatarla, corría peligro. Por eso escribí aquella carta, poco explícita.

—En ella aludía usted a la que habitaba en el ático.

—Porque esa fue la dirección que Sabrina me dio en su carta. La dio como pudiera haber dado otra, puesto que su única intención era atraerme hasta esta ciudad. Y sacarme del aeródromo, hasta el sitio en que esperaba el de la cicatriz. Y ella. Estaba encantadora en su coche. Es una mujer de gran atractivo, Stevens. Siempre será hermosa.

—¿Pero cómo sabe tanto de ella? ¿Cómo podía ella escribirle a Londres y por qué demonios lo guardó todo en secreto y vino a

reunirse con ella, sin decir a nadie dónde iba?

Hubo una larga pausa antes que el profesor Morlake contestase:

—Mi estimado compañero de cautiverio... La mujer que aquí se hace llamar Sabrina Valli es mi esposa.

Tendidos entre la pineda, Eric Dorn y Bart Perkins denegaron a la vez.

Helen Reeves volvió a hablar con energía.

—Allí dentro tienen secuestrado a un hombre cuyo rescate vale montones de dinero. ¿Qué hemos visto hasta ahora? Dos tipos por el parque... Un dogo... —y le tembló la voz—. ¿Es que hemos perdido los riñones, Bart? ¿Es que hemos perdido los riñones, Eric?

Rieron ambos nerviosamente. Prosiguió ella:

—Tengo el revólver que me dejó Jason. Siete balas. Más siete tú, Bart, más siete tú, Eric. Ametrallando a esos bandidos, nos ganamos una fortuna.

—O plomo —afirmó Eric.

—Quédate aquí. ¿Vienes, Bart?

—Dentro de la casa, hay tres bromistas más, una mujer y un dogo...

—Eric se cuida de los dos que pasean por fuera. Yo me cuido del dogo y la mujer. ¿Es que no puedes disparar a mansalva contra tres desprevenidos —objetó ella desdeñosa.

—¿Has comido toro, chica? Bueno, Eric... Hay una fortuna, y éstos no son más que bandidos llamados Rombos. No les dispares a los dos de fuera hasta que ella y yo lleguemos lo más cerca posible de la casa. Está amaneciendo... Vamos ya... Piensa en millones, Eric.

Ferenc Curneski se detuvo, mirando a su compañero Viktor.

—¿Oíste algo?

—No empieces a oír...

El revólver de Eric Dorn empezó a crepitar, descargándose en alternado gatilleo contra Ferenc y Viktor, que fueron irguiéndose, ladeándose, arqueándose en sacudidas espasmódicas.

En el interior de la casa, Joe Brodik abrió fuego, abandonando el sillón.

Bart Perkins se llevó las manos al estómago.

Helen Reeves disparó ceñuda. Sostenía con dos manos el revólver de Jason.

Jim Collins murió sin despertarse. Joe Brodik, rodilla en tierra, miró su pecho. Desde el suelo, agonizando, Bart Perkins seguía disparando. La mancha de sangre en el pecho de Brodik se agrandaba. Cayó de lado, gimiendo, hasta quedar inerte, muerto.

El dogo saltó desde el rellano alto, cayendo encima de Helen. Por la escalera bajaban Krane y Sabrina...

Helen Reeves se movía enloquecida, tratando inútilmente de zafarse de la lacerante mordedura en la garganta.

Eric Dorn con un revólver en cada mano entró corriendo. Alex Krane apretó el gatillo dos veces.

Se dobló Dorn hacia delante, después se irguió al penetrarle el segundo balazo en la cabeza... Cayó lentamente soltando los dos revólveres.

En el último peldaño dijo Krane:

—Quieto, «Nerón»... ¿No ves que esa infeliz ya está en un mundo mejor?

Sabrina se asomaba por el balcón lateral. Llamó:

—¡Ferenc, Viktor!

Un brazo le rodeó el cuello, y una mano se aplicó con rudeza sobre sus labios.

Chic Garfield susurró desde atrás:

—Si es posible, guapa, no te agites demasiado.

Sabrina se agitó y Chic Garfield aplicó el golpe con suavidad. Un toque en la sien, y después otro en la carótida. Se desmadejó la espléndida anatomía de Sabrina.

Alex Krane parapetado tras una columna, llamó:

—¡Sabrina!

Chic Garfield dejó lentamente en el suelo a Sabrina. La ató de codos y tobillos con la chaqueta de su pijama. Pestañeando recordó que no era un hombre, sino el auxiliar infalible del capitán Stevens.

Se deslizó hacia la esquina de la fachada.

Alex Krane siguió encañonando umbral y balcón, alternativamente...

Corrió en zig zag hasta detrás de un sillón. Quedaba a medio metro de la argolla y gritó:

—¡Quién sea, será preferible que trate conmigo! ¡O morirán Morlake y Stevens!

Bajo la losa, se arqueó Stevens. Era inútil. Nadie podía levantar aquella losa. Volvió a bajar los peldaños:

—El tiroteo ha sido elocuente, profesor. Pero Krane queda vivo —y reseca la garganta murmuró—: Si usted queda con vida, y Krane u otro, se apoderase de usted...

—Ya sé, amigo mío... Progresé en una ciencia que para la paz sería maravillosa, pero para la guerra, una hecatombe... Si le dieron la orden de impedir que yo sea torturado, tendrá que cumplirla.

—Yo nunca... Escuche, profesor, todavía confío en que Chic Garfield consiga que yo... no tenga que liquidarle, profesor.

—A veces hasta el científico más incrédulo, tiene que alzar los ojos hacia el misterio del Más Allá, capitán Stevens. De niño era muy agradable poder rezar con fe... Es triste haber perdido la fe... Pero podemos aún rezar, capitán Stevens.

Chic Garfield rió silenciosamente. Aquella argolla hacia la que el elegante sujeto del batín tendía la zurda, era elocuente. Lanzó su cuchillo primero.

Atravesado el antebrazo, se revolvió Krane disparando hacia la ventana. Reptando sobre los codos, comentó Garfield:

—Falló, caballero. Pruebe otra vez. Puro y petaca, si atina, caballero.

Se incorporó bajo la otra ventana, sosteniendo en la punta de los dedos un segundo cuchillo. Zumbó el balazo por encima de la cabeza.

—Ventajas de ser poco alto —afirmó Garfield encogiéndose.

Su segundo cuchillo atravesaba el hombro derecho de Alex Krane.

Reptó Garfield deslizándose sobre los codos y rodillas. Asomó la cabeza a ras de suelo.

Encañonaba Krane a media altura el umbral de la puerta lateral. Apretó Garfield el gatillo de su «Browning», y al segundo apretón, comentó:

—Lo siento, mi capitán, pero este tipo no puede ser atrapado vivo.

Alex Krane arañó el suelo con los tacones, y permaneció quieto. Extrajo Garfield los dos cuchillos, limpiándolos mientras miraba en torno.

—Vaya matanza, señores.

El dogo se atravesaba sobre los restos de Helen. La crispada diestra femenina sostenía aún el revólver cuyas dos últimas balas habían perforado el flanco y vientre del dogo «Nerón».

Alzando la losa, Chic Garfield dio el parte:

—Sin novedad, mi capitán. Al poco de usted intentarse, llegó la llamada de Helen. Le salieron al encuentro dos barbianes. Los tres se internaron. Cuando sonaron las primeras ráfagas, acudí.

El profesor Morlake, pestañeando a la luz, avanzó tambaleándose hasta un sillón.

Guy Stevens avanzó hacia la terraza, inclinándose sobre la desvanecida Sabrina. A su lado, informó Garfield.

—Única superviviente, mi capitán.

Denegó Stevens, señalando con el pulgar hacia atrás:

—Es la esposa del profesor. Y no quiero que sepa que ella vive aún. Llévela a la furgoneta. Espérame. Te seguiré con el profesor, en el coche de Krane.

Volvió Stevens al salón. Murmuró:

—Lo siento, profesor. Pero ya es usted viudo.

Siguió Morlake acodado en el sillón pero los dedos que presionaba contra sus sienes se ladearon un poco. Cubrían sus párpados.

Guy Stevens marcó un número, y dijo:

—Según la guía, esa es la Comisaría Central. Es urgente que me ponga al habla con el inspector Sullavan...

Una larga pausa e informó Stevens:

—Su ficha está clara, inspector. No me interrumpa por favor. Usted obró de buena fe creyendo que Alex Krane era trigo limpio. Su primer paso será detener a Robert Lane, dueño del «Maya», elemento importante del Rombo Nocturno... ¡No me interrumpa, le digo! Voy a darle la dirección del chalet playero donde encontrará el resto de la banda, más tres desgraciado: hamponcillos, que deslumbrados por la posibilidad de enriquecerse pronto, han puesto el final al Rombo Nocturno. Le enviaré por correo un informe completo, escrito, en los puntos que para usted son esenciales.

Colgó el aparato, después de dar la dirección. En el informe diría que la mujer atada de espaldas con Cross Drenan, estaba reclamada. La horca dejaría viudo a un sabio profesor.

Lars Morlake parecía un niño asustado, dejándose conducir. Quedó sentado junto al volante de un «Humber» verde. Se dirigió Stevens a la furgoneta.

—Descarga a Brenan y a la mujer. Déjales atados dentro de la casa. Bien atados, Chic. Con los dos Lorenz. Pitando, Chic.

Quince minutos después, la furgoneta seguía al «Humber» verde. Insinuó Stevens:

—Ya no le obsesionará la idea de que su esposa con vida podía...

—Un momento, mi joven salvador. Una obsesión no muere porque muera la persona amada. Pero al menos podré dedicarme definitivamente a mi otro amor, la ciencia. Y ahora, ¿dónde voy, señor

capitán?

—Un avión especial le devolverá a Londres, profesor.

En la terraza del ático, Cloti Graham tocó la cicatriz del pómulo:

—Este recuerdo quedará siempre, Guy. ¿Te acompaño al aeródromo?

—No, gracias. Has sabido comprender que debo partir para dar mi informe final. Y el avión no admite más pasajeros, salvo Chic, el profesor y yo.

—Si fuese a Londres, ¿me invitarías a cenar? —murmuró ella.

Disparó Stevens la colilla hacia el abismo urbano. Dijo:

—Inténtalo. Ya sabes que en el Club Yudoka te darán razón de mi paradero.

El beso fue breve.

Fue mucho mayor en intensidad, el que en Londres el capitán Stevens a Cloti Graham, en la cena de despedida de soltero.

FIN



DESDE ESTA TUMBA OSCURA

por

SILVER KANE

Y de repente, Clark pasó a la acción. Fue como un terremoto que lo arrasa todo. La fantástica velocidad de sus movimientos casi no hubiera podido ser seguida por un ojo humano. Para el hombre que estaba tras él fue como si de repente el mundo entero empezase a dar vueltas alrededor suyo. O como si un camión de diez toneladas se precipitase rugiendo sobre su cabeza.

Clark dio una rapidísima media vuelta, golpeando en el antebrazo la mano armada de su enemigo.

Aquellos hombres luchaban como fieras y una tumba les esperaba

DESDE ESTA TUMBA OSCURA

por SILVER KANE

¡No deje de adquirirla la próxima semana!

fans...



6 pesetas todas las semanas
La revista de la canción

es fans...tástica



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 pías. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*

Notas

[←1]

0 Diminutivo, entre otros, de Gerald.